

**PUNTO
ROJO**

CRIMEN EN UNA NOCHE DE VERANO

Keith Luger



R. COSTELLA

KEITH LUGER

Crimen en una noche de verano

Colección PUNTO ROJO n.º 382. Bruguera - 1969

Colección PUNTO ROJO n.º 903. Bruguera – 8/1979

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Cuánto dinero tenemos, Jerry?

—Tres dólares, Bill.

—¿Has dicho tres dólares?

—Bueno, se me olvidó mencionar veinticinco centavos más.

—Estamos arruinados, Jerry.

—Por poco tiempo.

—¿Tienes algún cliente en puertas?

—No, Bill, pero ya vendrán.

Jerry Wallace y Bill Lewis eran socios y amigos desde hacía cinco años. Tenían una oficina como agentes de asuntos varios en la calle. 62, Oeste, de Nueva York.

Compartían también un dormitorio en la pensión de la señora Harrison, la viuda de un juez.

Se habían despertado y Jerry se ablucionaba ante el lavabo, mientras Bill se vestía.

—Jerry, no quiero desanimarte, pero la señora Harrison dijo que teníamos que pagarle hoy los atrasos.

—¿Cuántos atrasos?

—Todos, y son cuarenta dólares, Jerry.

—No te preocupes. Déjalo de mi cuenta.

—Esta vez nos echará.

—Lo mismo ha dicho otras veces.

—Pero es que la señora Harrison dice que no se dejará engatusar por ti.

—Sonríe, hombre, sonríe.

—¿A qué tengo que sonreír?

—A la vida. ¿No lo sabes, Bill? Hoy es veintitrés de julio. Estamos en el verano y las calles están repletas de lindas mujeres, deseosas de mostrar sus encantos con la minifalda y, si uno se llega hasta la piscina, les ve la piel al por mayor. Todo gratuito.

—Sí, es verdad. No se paga por ver eso.

—¿Lo ves? Empezamos el día bien.

Bill frunció el ceño y hasta llegó a sonreír.

—Demonios, no me había dado cuenta, Jerry. Las cosas tienen un color distinto cuando tú hablas.

—Date prisa, hemos de ir a desayunar.

Al oír aquellas palabras, Bill Lewis se movió con mucha rapidez. Era enorme, de gran corpulencia, con brazos y piernas poderosos, nariz chata y cejas espesas. Su amigo, Jerry Wallace, no se le parecía nada físicamente. No era bajo, pero tampoco resultaba demasiado alto. Sin embargo, Jerry poseía un cuerpo musculoso, donde no cabía una molécula de grasa. Lo que más llamaba la atención en él era su rostro

de facciones picaras, con unos ojos azules en los que permanentemente ardía una lucecilla.

En cuanto los dos amigos estuvieron listos, abandonaron la habitación. Bill Asomó la cabeza por la escalera.

—Tenemos suerte, la señora Harrison no está. De prisa, Jerry, hemos de llegar a la calle antes de que nos atrape la bruja.

En aquel momento se oyó una voz:

—Aquí está la bruja.

Era la señora Harrison, la viuda del juez.

Había aparecido por entre unas cortinas y se la veía majestuosa como una emperatriz de ciento veinte kilos.

Sus ojos eran dos trozos de hielo manchados de pipermin.

Bill Lewis se había quedado como una cigüeña, con una pierna levantada en el aire, y su rostro reflejaba un gran asombro.

Jerry Wallace esbozó una sonrisa mientras se acercaba a la viuda.

—Buenos días, señora Harrison... ¿Cómo se las arregla para permanecer tan joven?

—Tengo cincuenta y dos años.

—Si no lo dijese usted, pensaría que es una calumnia, ¿verdad, Bill?

—Seguro, parece que tenga dieciocho años —repuso Bill.

—Un poco más y me pone un chupete.

—Ahora mismo le compro uno —dijo Bill, hecho un lío—. Vámonos, Jerry. La señora Harrison espera el chupete.

La señora Harrison pegó una patada en el suelo y la lámpara central del vestíbulo se puso a oscilar peligrosamente.

—Saldrán, pero sin la llave.

—¿Qué llave? —preguntó Bill.

—La de su habitación. Y con eso quiere decir que pagan o se acabó la pensión.

—Pagaremos, señora Harrison —dijo Jerry.

La viuda alargó la mano derecha con la palma hacia arriba.

—Escupa, señor Wallace.

—Ahora mismo.

La sorpresa de Bill fue aún mayor. ¿Cómo iba a pagar Jerry cuarenta dólares si sólo tenía tres dólares y veinticinco centavos? ¿Iría a poner en práctica el truco de los papeles viejos, con un billete de a dólar en la parte superior?

Jerry sacó su cartera, la cual aparecía muy abultada, y por la que dejaba ver un trozo de sus tres billetes. Fue a sacar éstos, pero en el último instante se interrumpió.

—Señora Harrison, hemos tenido suerte durante la última semana. Un cliente nos ha dado la oportunidad de ganar quinientos dólares. Y eso no es lo mejor. Nos ha introducido en el ramo de la confección. Es un importante fabricante de ropa interior para mujeres. En fin, señora

Harrison, que no tengo más remedio que decirle algo... Conste que Bill y yo estamos muy contentos de estar en su casa, pero ya sabe usted lo que es la vida. Cuando uno prospera ha de buscarse un lugar adecuado para vivir, teniendo en cuenta las nuevas circunstancias. Vivimos en una sociedad de prejuicios y uno no tiene más remedio que darse un poco de brillo si quiere prosperar. Usted me entiende, ¿verdad, señora Harrison?

—¿Qué tiene de malo mi pensión?

—Nada en absoluto, señora Harrison. Usted es maravillosa, la mejor patrona que hemos tenido. Se lo he dicho muchas veces a Bill. Por la señora Harrison estaría dispuesto a todo...

—Quédense.

—¿Cómo?

—Mi casa es decente.

—Desde luego, señora Harrison.

—Entonces, no tienen por qué abandonarla.

Jerry se rascó una mejilla.

—Mire, señora Harrison, denos un par de días para pensarlo... Trataré de convencer a Bill para que continuemos en su pensión.

—Conque es él quien quiere marcharse.

—No se lo tenga en cuenta, señora Harrison. Bill se ha visto en la época de las vacas gordas y quiere gastar y gastar, Pero le meteré en la cabeza que, si estuvimos aquí en los tiempos malos, también tenemos que estar en los tiempos buenos.

Bill estaba escuchando todo aquello con una gran perplejidad.

Jerry hizo un pase mágico con la mano y guardó su cartera. Luego empujó a su amigo hacia la salida diciendo:

—Hay que marcharse, Bill. Nos esperan los negocios.

—Oh, sí, la ropa interior —asintió Bill como un sonámbulo.

Al llegar a la calle, Bill reaccionó.

—¿Es posible, Jerry?

—¿A qué te refieres?

—¡La has vencido!

—No debiste dudarle.

—Eso es lo que me da pena. Que desperdicies tu talento. ¿Por qué no hablas con el presidente?

—¿Qué presidente?

—El de los Estados Unidos. Con media hora tendrías bastante para que te nombrase embajador en uno de esos países subdesarrollados. Y nos pondríamos las botas. Oí decir a un periodista que contra más subdesarrollado es un país más ganancias obtienen los políticos y los hombres de negocios. Qué cosas, ¿eh?

—Te voy a prohibir que escuches a los periodistas.

—¿Por qué?

—Te desmoralizan, Bill.

Viajaron en un autobús que los dejó cerca de su oficina, y al lado del bar Joe, donde acostumbraban a desayunar.

El local estaba lleno de gente.

Bill empleó sus codos para llegar hasta el mostrador y hacerse un sitio para él y su socio.

Un hombre protestó.

—Eh, usted, ¿por qué no se dejó la trompa en casa?

—¿Me ha llamado elefante? —repuso Bill retador.

—Si usted lo dice...

El hombre en cuestión frisaba los cuarenta y cinco años y era de talla mediana, con cabello rojizo y nariz bulbosa.

—¿Quiere que le aplaste el pimiento que tiene en la cara? —dijo Bill levantando un puño como un melón.

—Atrévase a tocarme y tendrá a toda la policía de la ciudad sobre su cabeza.

Bill miró hacia el techo asustado, por si ya tenía algún policía arriba. Había dos cosas en el mundo a las que temía. El hambre era una de ellas, y la otra la policía.

Jerry puso una mano en el hombro de Bill.

—Es temprano para discutir, socio. ¿Qué vas a desayunar?

—Una vaca.

—Ya se acabaron. Te tendrás que conformar con la leche que dejó la última.

—Trato hecho, si le agregas una torta de pasas.

Jerry pidió, dos cafés con leche y dos tortas de pasas.

Bill hizo desaparecer la torta en tres segundos.

—¿Puedo comer otra, Jerry?

—Vas a perder el apetito para el almuerzo.

—Tienes razón.

Jerry pagó los noventa centavos del desayuno y agregó diez centavos de propina.

Ganaron la calle y poco después subían en un desvencijado ascensor, hasta la tercera planta del edificio donde se ubicaba su oficina. Ésta se componía de un pequeño recibidor y de un despacho más amplio, con una mesa, dos sillones, un sofá y un archivador. Al fondo había un cuartito, el excusado.

Sonó el teléfono, Bill lo cogió porque estaba más cerca de él.

—Oficina de Jerry Wallace y Bill Lewis, Agentes de Asuntos Varios.

Jerry vio como su amigo se ponía rojo.

—¿Qué pasa, Bill?

El grandullón cubrió el micro con la mano.

—Es el señor Holmes, el administrador del edificio. Quiere que le paguemos los alquileres de los tres meses o nos pondrá de patitas en la

calle. Qué día, Jerry, qué día.

Jerry apartó la mano de Bill del micro y habló.

—Sí, señor Meyer... Nos haremos cargo de su asunto... Gracias por su cheque de trescientos dólares... —a continuación cogió el receptor—. ¿Señor Holmes? Debo quejarme nuevamente... No nos ha mandado a los fontaneros... Si esto sigue así, no tendremos más remedio que marcharnos.

—Perdone, señor Wallace —contestó el administrador con un balbuceo—. He estado muy ocupado durante la última semana, pero le mandaré los fontaneros mañana mismo.

—De acuerdo, señor Holmes. En cuanto a los recibos pendientes puede pasar la cuenta... pasado mañana.

—Sí, señor Wallace.

—Pero no olvide los fontaneros.

—No, señor Wallace.

—O nos buscaremos otra oficina.

—Sí, señor Wallace.

Jerry colgó de golpe.

Bill se estaba pasando un pañuelo por la cara.

—¿Tienes calor? —le preguntó Jerry.

—Me he estado asando mientras te escuchaba. ¿Y sabes lo que te digo? Sigo pensando que debes hablar con el presidente.

En aquel momento oyeron que se abría la puerta.

Llamaron con suavidad.

—Adelante —dijo Jerry.

Ante el asombro de Bill entró el hombre con el que había discutido en el bar de Joe, el de la nariz bulbosa, el cual también se quedó perplejo.

—Perdonen —dijo—, buscaré a otro.

Empezó a volverse para salir, pero Jerry pegó un salto y lo atrapó antes de que abriese.

—¿Qué le pasa, amigo?

—Me recomendaron a Jerry Wallace.

—Yo soy Jerry Wallace.

—¿Y él? —señaló a Bill.

—Mi ayudante, Bill Lewis. Comprendo que ustedes se han conocido en unas circunstancias un poco extrañas pero la vida es así... Insospechada, y por tanto, excitante. ¿Qué podemos hacer por usted, señor...?

—Frank Aldrich.

—Diga cuál es su asunto, señor Aldrich, pero no le aseguro que nos ocupemos de él. Estamos sobrecargados de trabajo.

Aldrich titubeó unos instantes, que Jerry aprovechó para empujarlo al sillón que se conservaba en mejor estado.

—¿Quién le habló de mí, señor Aldrich? —preguntó Jerry.

—Sam Tupper.

Bill soltó un gemido de dolor. Tenía sus motivos. Sam Tupper era un jugador empedernido. Su especialidad eran los dados. Sam lo había limpiado en varias ocasiones.

—El bueno de Sam Tupper —rió Jerry—. Un gran muchacho. ¿Y qué podemos hacer por usted, señor Aldrich?

—Verá, señor Wallace. Yo me he convertido en un hombre con bastante dinero.

—¿Pudo ganar a los dados a Sam Tupper? —preguntó ingenuamente Bill.

—No. Siempre pierdo con él.

—Lo mismo que yo.

—El dinero lo consigo profesionalmente... ¿No le dice nada el nombre de Aldrich, señor Wallace?

—Hay un director de cine que se llama así, pero creo que no es Frank.

—No, señor Wallace, no me gano el dinero en el cine. Yo dibujo. Soy el creador de un personaje que se ha hecho muy famoso.

Jerry se pegó una palmada en la frente.

—¡Ya lo tengo, señor Aldrich! Usted es el padre de Silverman, el héroe de los «comics»...

—Sí, señor Wallace.

—Infiernos, sé que sus tiras se publican en medio millar de diarios de todo el mundo...

—Es cierto.

—Lo felicito, señor Aldrich. Ha conseguido un personaje universal.

—Últimamente me han hecho ofertas para llevar a Silverman al cine, pero no es de eso de lo que quiero hablarle... Verá, señor Wallace, yo me voy a casar. Estoy enamorado de una joven... Se llama Stella Clifford... Quiero que investiguen su vida...

—¿Por qué? —preguntó Bill—, ¿Se la pega con alguien?

—¡Señor Lewis!

—Oh, perdón, no quise decir lo que dije.

Jerry intervino con un carraspeo.

—Bill es un poco impulsivo... Hábleme de su prometida.

—Trabaja en la editorial con la que estoy contratado. Es la Editorial Gardner.

—¿Dibuja ella también?

—No, señor Wallace. Es secretaria del señor Gardner.

Aldrich sacó una fotografía de la cartera y la alargó a Jerry.

—Aquí tiene a Stella.

Jerry vio que Stella era una joven muy agraciada. En la foto se exhibía en bañador, un bikini que dejaba mucha piel al descubierto.

Bill, que se había volcado sobre el hombro de Jerry para ver la foto,

emitió un silbido.

—Vaya pieza. Así me las receta el médico.

Aldrich pegó un salto en el sillón.

—Señor Lewis, deje la trompa quieta... Y eso quiere decir que lo sigo llamando elefante.

Bill dio unos pasos hacia el cliente, pero Jerry lo contuvo.

—Estamos hablando de negocios, Bill —le recordó.

Era la mejor manera de indicarle que el señor Aldrich significaba dinero. Bill lo comprendió porque se calmó en seguida.

Jerry echó otro vistazo a la fotografía.

—¿Qué edad tiene Stella?

—Veintitrés años.

—¿De dónde es?

—Vino hace un año de Chicago.

—¿Dónde trabajaba antes?

—En Chicago, en la Editorial Paxton. El señor Gardner la conoció allí en un Congreso de Editores y la contrató. No sé nada más. Stella nunca me ha hablado de su familia, ni de sus relaciones...

—¿Qué le hace sospechar que esconde algo?

—¿Dije eso?

—Sí usted quiere que la investiguemos, será porque tiene alguna duda con respecto a ella.

Aldrich se quedó unos instantes con la boca abierta.

—Está bien, señor Wallace. Le diré en qué consiste mi duda —hizo una pausa y, después de llevar aire a sus pulmones, agregó—: Durante las dos últimas semanas Stella ha faltado a tres citas. Se excusó alegando que tenía mucho trabajo, pero yo sé que no fue esa la causa. Me dije muchas veces que debía tener confianza en Stella, puesto que va a ser la madre de mis hijos, pero se me metió el gusano de los celos en el corazón y está corroyéndome... Apenas duermo... No puedo vivir así... Se me ha agriado el carácter y hasta mi trabajo deja que desear... En resumen, señor Wallace, quiero saber qué le pasa a mi novia.

—¿Ha notado en ella algo raro? Me refiero a su comportamiento con respecto a usted.

—Sí, durante los últimos días, Stella está ausente mientras le hablo, con el pensamiento en otra parte.

—¿No le ha preguntado usted los motivos?

—No me ha servido porque ella me ha contestado que sólo eran suposiciones mías y que no estaba inquieta por nada.

—¿Para cuándo es la boda?

—El mes próximo. Faltan tres semanas... Espero que hayan resuelto mi problema para antes.

—Nos daremos toda la prisa que podamos.

—¿Cuáles son sus honorarios?

—Cien diarios más los gastos.

—Sam Tupper me habló de cincuenta —rezongó Aldrich.

—Pero es que somos dos.

—Ah, sí, no lo había tenido en cuenta.

Aldrich sacó un fajo de billetes.

—Aquí tiene cuatrocientos dólares. ¿Tiene bastante para empezar?

—Sí, señor Aldrich, pero no me dio la dirección de Stella.

—¿Es qué va a hablar con ella?

—No creo que sea necesario de momento. Pero conviene tener los detalles por sí la perdemos de vista.

—Calle 104, Oeste, número 83, apartamento 18.

—¿Y usted?

—Octava Avenida, 334, apartamento 31 —agregó el número de teléfono y Jerry lo apuntó todo.

Aldrich se puso en pie y estrechó la mano de Jerry.

—Espero sus informes.

—Los recibirá tan pronto los obtengamos.

Aldrich hizo un saludo con la mano y abandonó la oficina de los dos agentes.

Bill sonrió.

—Déjame que toque los billetes, Jerry. Es para no creérselo... ¡Cuatrocientos dólares! Hacía tiempo que no veía una manada de pavos como ésta. Podremos pagar a nuestros acreedores.

—No a todos, o quedaremos otra vez arruinados.

—Tienes razón, Jerry. Que hagan cola. Eso me recuerda que le sacaste cien diarios a Aldrich, y nosotros habríamos aceptado el trabajo por veinte morlacos, incluidos gastos.

—Bill, te he dicho muchas veces que debes ser ambicioso. El señor Aldrich habría quedado muy decepcionado si yo le hubiera pedido veinte dólares. Seguro que hubiese buscado otro investigador.

—Eso me recuerda que hemos de hacer nuestro trabajo para el señor Aldrich. ¿Por dónde vamos a empezar?

—Por hablar con Stella Clifford.

—Pero ¿no oíste a Aldrich? A él no le gustaría que hablastes con ella.

—Nadie se va a enterar.

Jerry buscó en la guía telefónica el número de la Editorial Gardner y lo marcó en el dial.

—Editorial Gardner —le anunció una voz femenina.

—Quiero hablar con Stella Clifford.

—¿Quién la llama?

—Su amigo Joe.

—¿Nada más?

—Con eso bastará.

—Espere un momento, no se retire.
Transcurrió un minuto. La telefonista estaba maniobrando con las clavijas. Por fin Jerry oyó otra voz de mujer.
—Soy Stella Clifford, la secretaria del señor Gardner. ¿Quién llama?
—Su amigo Joe.
—¿Mi qué?
—Joe, señorita Clifford, y ya debería saber a quién represento y porqué la llamo.
—No entiendo nada.
Jerry dejó escapar una risita por el micro.
—¿De verdad que no lo entiende, señorita Clifford?
Hubo unos segundos de silencio y Stella dijo:
—Robert es un canalla.
—A él no le gustaría oír eso.
—Sin embargo, lo es. Me prometió que nadie se mezclaría en esto.
—A veces se prometen muchas cosas que no se pueden cumplir —
repuso Jerry al azar.
—¿Qué quiere?
—Usted lo sabe bien.
—Robert dijo que me dejaría tranquila por una buena temporada.
—Ya acabó la temporada.
—Es un puerco farsante.
—Está agotando los insultos, señorita Clifford.
—Quiero darle un encargo para él.
—Hablé, señorita Clifford.
—Dígale que lo veré esta noche sin falta.
—¿A qué hora?
—A la de siempre.
—¿En qué lugar?
—En el de siempre —contestó Stella y colgó.
Jerry le echó una mirada al micro antes de dejarlo en la horquilla.
—¿Sacaste algo en claro, Jerry? —preguntó Bill.
—Sí, muchacho. Mucho. A Stella Clifford la están chantajeando y también conozco el nombre del chantajista. Se llama Robert.
—¿Robert qué más?
—Sólo eso, Robert.
—Infiernos, un asunto sucio.
—Y a nosotros nos toca hacer de barrenderos. En marcha, Bill, hemos de vigilar a la señorita Clifford.

CAPÍTULO II

Jerry vio a Stella Clifford cuando ésta salió de la oficina a las seis y quince. La joven, al natural, resultaba tan bella como en la fotografía. Subió a un autobús y Jerry y Bill lo hicieron a continuación.

El autobús los dejó en la calle 104, Oeste.

Stella entró en el número 83.

Jerry encendió un cigarrillo y Bill se lamentó.

—Tengo hambre, Jerry.

—Vete a comer, yo me quedo.

Había un bar cercano y Bill se fue allí después de recibir unos cuantos billetes de su amigo.

Regresó al cabo de media hora.

—¿Y la chica, Jerry?

—Sigue arriba.

Transcurrieron casi otros treinta minutos antes de que viesen salir a Stella.

La joven echó a andar y los dos socios fueron detrás.

A un kilómetro de su casa, Stella entró en un bar.

—Espera aquí, Bill. Entraré yo solo para no despertar sospechas.

Jerry pasó al bar. La joven estaba sentada en un extremo del mostrador. Bebía un whisky con aire preocupado. De vez en cuando consultaba el reloj que había en la pared o el suyo.

Jerry bebió también un whisky.

Ya habría pasado una hora cuando la joven pagó el importe de su consumición, saltó del taburete y salió a la calle.

Jerry esperó unos segundos y salió también.

Bill lo esperaba nervioso.

—Acaba de coger un taxi.

Jerry llamó otro taxi.

—¿Adónde vamos? —preguntó el conductor.

—Siga ese taxi —le contestó Jerry señalando el que había tomado Stella.

El conductor hizo un gesto de malhumor.

La carrera duró media hora. Por dos veces Jerry creyó que perdería de vista a Stella y se vio obligado a decirle al conductor que le pagaría el doble. Eso fue suficiente para que el taxista cumpliera con su deber.

Llegaron a una zona residencial, cuyas calles eran poco transitadas. Las casas rodeadas por un jardín.

—Despacio —dijo Jerry al taxista.

El coche de Stella se detuvo y la joven pagó el importe de la carrera.

Jerry también pagó, como había prometido, el doble de lo que marcaba el taxímetro.

Stella caminaba por la acera y los dos amigos fueron detrás.

La joven dobló por la izquierda y Jerry se dio prisa en llegar a la esquina. Bill trotó detrás de él.

Jerry asomó la cabeza en el momento en que Stella entraba en el tercer jardín. Esperó unos instantes a que la joven desapareciese y luego caminó por la acera, siempre seguido por Bill.

—Esto cada vez me gusta menos —dijo Bill.

—Es un trabajo que rinde.

—Mi voz interior me dice que nos estamos metiendo en un lío.

—Dile a tu voz interior que esta noche cenarás como un rajá. Con champaña y todo, y eso se lo deberás a Stella Clifford.

—¿Qué hacemos ahora?

—Esperar.

Transcurrieron quince minutos. Stella no reaparecía.

—Se me ocurre una idea —dijo Jerry—. Voy a ir allí.

—¿Por qué? Ella sigue dentro.

—Ha podido salir por la puerta de atrás.

—Caramba, es cierto.

—No te muevas hasta que yo vuelva.

Jerry entró en el jardín. La casa era el número 33 de la calle.

Las ventanas estaban cubiertas con visillos y no vio a nadie.

Subió al porche y pulsó el botón.

Dejó transcurrir un minuto pero no le abrieron.

Puso la mano en el tirador y la puerta obedeció a su impulso.

Se encontró en un pequeño vestíbulo que daba acceso a un gran salón.

Sobre una gruesa alfombra vio a un hombre boca arriba.

—¡Señorita Clifford! —llamó.

Nadie le contestó.

Corrió hacia el hombre, pero antes de agacharse ya sabía que estaba muerto.

Los ojos del desconocido estaban abiertos, fijos en el techo. Tenía un puñal clavado a la altura del corazón. La herida goteaba sangre.

El hombre se cubría con un batín y bajo él no llevaba nada. Su pelo estaba mojado y eso quería decir, que había sido sorprendido por la muerte poco después de tomar una ducha.

—¡Señorita Clifford! —llamó otra vez.

Tampoco obtuvo respuesta.

Entró en un dormitorio y en el cuarto de baño, pero no encontró a nadie.

Fue a la cocina, que estaba a la izquierda del salón, y vio una puerta que comunicaba con un patio trasero. La puerta de este patio estaba abierta. Por allí había escapado el asesino. ¿O debía decir la asesina? ¿No estaba todo claro?

Regresó al lado del cadáver y le registró los bolsillos, pero sólo encontró un pañuelo.

Pasó de nuevo al dormitorio y descubrió una cartera en la mesita de noche.

Dentro de la cartera había una tarjeta del Seguro Social a nombre de Robert Mili, de profesión actor, expedida en Chicago.

Sacó del armario una maleta que puso sobre la cama. Debajo de algunas camisas encontró una agenda alfabética. La observó con interés. Vio muchos nombres con direcciones, pero casi todas ellas correspondían a Chicago. Sólo había cuatro que se referían a Nueva York: Stella Clifford, Elizabeth Hamilton, Edmond Massey y Jack Newman.

De repente oyó un grito en el *living*.

Corrió hacia allí y vio a su amigo Bill, cuyos ojos parecían ir a caer de las órbitas.

—¿Por qué lo has matado, Jerry?

—No he sido yo. Estaba muerto cuando entré.

—¿Dónde está la chica?

—Se fue.

—Claro. Se fue después de pincharlo... ¡Jerry! Stella Clifford lo asesinó mientras nosotros esperábamos fuera.

—Es posible.

—¡Vámonos antes de que llegue la policía!

—Es una buena idea.

—Tengo otra. ¡La de marcharnos a Florida! Es un gran momento para ir allí. Hay hermosas chicas.

—También las hay aquí,

—¡Pero están demasiado cerca de la víctima!

—Tranquilízate, Bill.

—Te dije lo que me dijo mi voz interior... ¡El lío, Jerry, el lío! ¡Y ya llegó!

—Saldremos de él.

Ya en la calle, Bill hubiese querido echar a correr, pero Jerry lo sujetó por el brazo.

—No huyas o te harás sospechoso.

Cuando estuvieron lejos de la escena del crimen. Jerry paró un taxi y dio al conductor la dirección de Stella Clifford.

Bill dio un respingo.

—¿Para qué quieres ver a la chica?

—Para hacerle unas preguntas que me queman los labios.

—No ganarás nada con eso... ¡Dios mío, el teniente Kramer!

—¿Dónde está?

—No lo sé. Sólo lo nombré porque acabo de recordar lo que nos dijo la última vez que nos metimos en un caso de homicidio. El teniente juró por su madre que nos encerraría en la cárcel por cincuenta años y un día.

—A los que merecen esa pena los asan en la silla.

—Menos mal... ¿Qué has dicho? ¡Por lo que más quieras, Jerry, vámonos a Florida!

Llegaron a su destino y Jerry despidió al taxista.

Subieron en un ascensor hasta la cuarta planta y Jerry apretó el timbre del apartamento 18.

Le abrió Stella Clifford y al ver a los dos hombres se dispuso a cerrar mientras decía:

—No necesito nada.

—Yo creo que sí, señorita Clifford.

—¿Sabe mi nombre?

—Me lo dijeron —contestó Jerry mientras entraba seguido por Bill.

La joven se volvió mientras exclamaba furiosa:

—¡No les invité a que entrasen!

—Pero ya estamos dentro —contestó Jerry—. Será mejor que cierre para que no nos oigan los vecinos.

—¿Quiénes son ustedes?

—Yo Jerry Wallace y este es Bill Lewis, y nos dedicamos a entrometernos en la vida de los demás.

—Y ahora nos hemos entrometido en la suya —puntualizó Bill—. Por desgracia.

—Ya sé lo que son. Dos chiflados.

—Es muy poco original, señorita Clifford —repuso Jerry—. Eso nos lo han dicho muchas veces.

La joven señaló el teléfono.

—¡Si no se van ahora mismo, llamaré a la policía!

—Eso —asintió Jerry—, llame a la policía y entréguese.

—¿Qué?

—Ellos le quedarán muy agradecidos si les habla de cierto crimen.

La joven se puso pálida.

—No le entiendo una palabra, señor Wallace.

—¿Les dirá que lo mató en defensa propia?

Stella tragó saliva.

—¿De qué me está hablando?

—Usted lo sabe perfectamente, señorita Clifford. Le hablo de Robert Hill. Usted lo mató hace apenas una hora.

—Oh, no.

—Oh, sí.

—¡No se burle de mí!

—Empiece a hablarme claro y no me burlaré de usted.

La joven se apretó la frente con una mano.

—¡Dios mío...! ¡Es horrible...! ¡Espantoso!

—Más horrible y espantoso debió ser para Robert cuando se vio el puñal camino de su corazón.

—¡Yo no lo maté!

—Júreme que se mató él mismo.

—No digas tonterías.

—Es usted quien las dice, Stella.

—Robert estaba muerto cuando yo entré en la casa.

—No le sirve.

—¿Por qué?

—Porque nosotros estábamos allí. La seguimos. Usted salió a las seis y cuarto de la oficina y vino a su apartamento, donde permaneció una hora y media, salió a las ocho menos diez y se dirigió al bar Reynolds, donde estuvo otra hora, finalmente tomó un taxi y se fue a casa de Robert Hill. Allí sólo estuvo unos minutos, el tiempo que necesitó para hacer su trabajo, retirarlo de la circulación.

La joven estaba parpadeando.

—¿Por qué me siguieron?

—Trabajamos para un cliente.

—¿Qué cliente?

—Frank Aldrich.

—¿Frank? ¡No lo creo!

—Sí, señorita Clifford, usted le preocupó durante las dos últimas semanas y al final se decidió a confiar en nosotros para conocer su problema.

La joven se cubrió la cara con las manos y se dejó caer en un sillón. Allí se puso a llorar estremeciendo los hombros.

—Confíe en nosotros, Stella —dijo Jerry—. Nos hacemos cargo de la situación en que se encontraba. Usted estaba siendo chantajeada por Robert Hill.

Stella apartó las manos de su cara y otra vez miró con asombro a Jerry.

—¿Cómo lo sabe?

—Yo soy el amigo Joe...

—¡Usted...! ¿Usted me llamó a la oficina?

—Sí.

—¡Entonces es el culpable! ¡Me obligó a ir allí!

—No le dije que matase a Robert.

—¿Cómo quiere que le diga que no lo maté? Cuando entré en la casa, Robert estaba tendido en el suelo. Oí un ruido.

—¿Qué clase de ruido?

—Como una puerta que se cerraba en el patio. Era el asesino que huía... No me detuve a pensar en nada. Yo también escapé.

—¿Cuánto tiempo estuvo en la casa?

—Un minuto, todo lo más dos.

—Hábleme del chantaje.

—Déjeme en paz.

—Es importante que me hable del chantaje.

—No es usted de la policía.

—No, pero necesito su información para saber a qué atenerme.

—Usted acaba de decir que Frank es su cliente. No hace falta que yo diga nada. Ustedes callarán.

—No podemos.

—¿Por qué no?

—Porque da la casualidad de que el crimen está castigado severamente y Bill y yo no tenemos ningún deseo de ser cómplices o encubridores de un asesinato.

Bill sacudió la cabeza repetidamente.

La joven se puso en pie, con los puños apretados.

—¡No me sacarán una palabra!

—Entonces serán los policías quienes se las saquen.

—¿Van a traicionar a Frank, a su cliente?

—No sería una traición.

—¡A usted les debe bastar que no soy la asesina!

—Es sólo su palabra. Usted tuvo más oportunidad que nadie. Suponga que la policía se informa del momento en que entró en la casa de Robert Hill. ¿Cómo cree que reaccionarían ellos? Yo se lo diré. La detendrían inmediatamente bajo el cargo de homicidio o de asesinato. Stella ocupó otra vez el sillón.

—Robert Hill era un miserable.

—Le dedicó otros insultos cuando hablé con usted. Le calificó de canalla y farsante.

—Un gusano, eso era.

—¿Por qué tantas cosas?

—Me engañó.

—¿Y de qué se valió para engañarla?

—De un desliz que tuve... Me invitaron a una fiesta en Chicago hace poco más de un año, cuando vivía allí... Había una docena de personas entre hombres y mujeres. Cometí un error. Admito que eso fue culpa mía.

—¿Cuál fue su error?

—Tomar la droga LSD.

—Entiendo.

—No, no puede entenderlo. Perdí la cabeza. No recordé nada de lo que pasó durante varias horas.

—Hasta que se lo hicieron recordar por medio de unas fotografías.

—Sí, señor Wallace. Esperaron un par de días y me mandaron unas fotografías por correo.

—¿Qué clase de fotografías?

—¿Es que no lo puede imaginar?

—¿Qué más?

—Me pedían dinero.

—¿Cuánto?

—Quinientos dólares.

—¿Quién se lo pedía concretamente?

—Robert Hill. Fue él quien me llevó a la fiesta.

—Pero él no trabaja solo.

—No, claro que no. Eran varios.

—¿Quiénes más?

—En el transcurso de la fiesta, Robert me presentó al dueño del apartamento. Se llamaba Harry Linder. También me presentó a la prometida de Linder, una sueca. Su nombre era Ingrid Stahl. Conocí a otras personas, pero no las recuerdo.

—Le pedían quinientos dólares por los negativos.

—Sí, pero pagué y no me los dieron. Dijeron que los habían destruido, pero no fue así. Al cabo de unos meses me mandaron de nuevo las fotografías y otra vez me pidieron los quinientos dólares. Me entregarían los negativos, pero tampoco cumplieron su palabra. Comprendí que estaba atrapada. Entonces decidí escapar de Chicago. John Gardner, un editor de Nueva York, me había ofrecido un puesto de secretaria a su lado y acepté... Al llegar a Nueva York creí que la pesadilla había acabado. Pasaron los meses y me dejaron en paz... Hasta que hace dos semanas me telefoneó Robert Hill. Otra vez empezaba. Me pidió los quinientos dólares y juró que me daría los negativos. Le llevé el dinero a esa casa donde ustedes lo han visto muerto. Robert quiso algo más que el dinero. Tuve que defenderme a zarpazos para ganar la calle y también me marché sin los negativos... No volví a saber de él hasta que hoy usted me llamó haciéndose pasar por ese Joe. Ahí lo tiene todo explicado, señor Wallace. Yo estoy enamorada de Frank Aldrich. Quiero casarme con él. Pensé que si Frank veía las fotografías me apartaría de su lado.

—Debió confiar en Frank y contárselo todo.

—Esas cosas son fáciles de decir, pero tenía que estar en mi piel para decidir con imparcialidad.

Bill, que había estado todo el rato callado, soltó una risita y se frotó las manos mientras decía:

—Todo resultó estupendo, Jerry.

—¿Tú crees?

—¿Es que no oíste a la señorita Clifford? Ella es inocente. No tuvo nada que ver con la muerte de esa sanguijuela.

—Tendremos que investigar.

—¡No hay nada que investigar, Jerry! Quiero decir que no es cosa nuestra, sino de la policía.

Stella dio unos pasos hacia Jerry.

—Tiene que colaborar conmigo.

—Y para usted colaborar quiere decir que Bill y yo debemos tener la boca cerrada.

—Consulte con su cliente, con Frank Aldrich, y él le dirá que no debe informar una palabra de mi visita a Robert Hill.

En aquel momento se abrió la puerta de golpe y entró un viejo conocido de los agentes de asuntos varios, el teniente de la Brigada de Homicidios, Dean Kramer. Tenía cincuenta años y una úlcera. Se había casado, pero el matrimonio le duró seis meses, ya que su mujer pidió el divorcio. Eso agravó su úlcera.

El teniente Kramer tenía una sonrisa en los labios, pero era la misma sonrisa del diablo cuando decidió acabar con el Paraíso de Adán y Eva.

—¡Los pillé con las manos en la masa! —exclamó triunfalmente, mientras entraba con él otro policía.

CAPÍTULO III

—¿Cómo le va su úlcera, teniente Kramer? —preguntó Jerry con cordialidad.

—Mucho mejor desde hace unos minutos —le contestó Kramer sin dejar de sonreír y luego agregó—: Bien, bien, bien...

Bill reaccionó atropelladamente.

—¡Ya nos íbamos, teniente Kramer! ¡Sólo estábamos aquí de paso! ¡Pero ya nos vamos a coger el tren!

—¿Y adónde pensaban ir?

—A Florida, ¿verdad, Jerry? Allí nos están esperando nuestras chicas. Y qué chicas, ¿verdad, Jerry?

El teniente Kramer quiso hurgar en la herida. Era su gran momento.

—Ande, Jerry, hágale de las chicas que los esperan en Florida.

—Perdone, teniente, pero no son aptas para policías enfermos, y usted está ya para sopitas.

El teniente Kramer soltó un rugido y sus ojos despidieron chispas de fuego.

—¡Jerry, no saldrá vivo de ésta!

Bill intervino.

—Teniente, no puede llevarnos a la silla eléctrica por estar mezclados en un asesinato.

—¡Bill! —le recriminó Jerry.

—¡Ya lo ha dicho! ¡Ya lo ha dicho! —gritó Kramer dando saltitos.

—Teniente, ¿qué es esto? ¿Un juego? —repuso Jerry.

—Usted lo ha dicho. Un juego en el que yo conozco a los perdedores. ¡Ustedes dos!

El sargento Alfred Baxter, subordinado de Kramer, un tipo de talla media, fornido y con un tipo de boxeador, dijo:

—¿Los esposo a todos, teniente?

—Protesto—dijo Stella.

—¿Y por qué protesta, señorita Clifford? —inquirió Kramer con sarcasmo.

—Todavía no sé de qué se me acusa.

—Yo le haré el cargo con mucho gusto, señorita Clifford. Homicidio.

—¿Y a quién se supone que he matado?

Bill pasó un brazo por los hombros de la hermosa joven.

—Teniente Kramer, esta mujer es tan inocente como mi abuela.

—Creo recordar que su abuela se cargó a su abuelo metiéndole en un pozo.

—Esa fue mi abuela por parte de madre, y yo me refería ahora a mi abuela por parte de padre.

—¡Basta, Bill, o lo aso aquí mismo!

Jerry carraspeó:

—Teniente, quiero hacerle una pregunta.
—Pregúntele a su abogado.
—Según la ley, puedo preguntar a usted acerca de ese cargo de homicidio.
—¿Con qué derecho? ¿Qué ley?
—Bill y yo estamos trabajando para la señorita Clifford.
—Cometieron su segundo error al confesarlo. Pero dígame cuál es su pregunta, Jerry. Siento curiosidad.
—¿Cómo ha dado con la señorita Clifford?
—Me lo dijo la víctima.
—¿Robert Hill?
—No hay otra víctima que Robert Hill. ¿O es que la señorita Clifford mató a otra persona?
—Cómo pudo decírselo Robert Hill si ya estaba muerto?
—Es la mar de sencillo, detective aficionado —Kramer hizo una pausa saboreando su situación de ventaja—. Encontramos ciertas fotografías.
—¡Oh, no! —gritó la joven.
—Sí, señorita Clifford, ciertas fotografías en que usted está...
—¡No lo diga!
—Como usted quiera, señorita Clifford. Detrás de una de las fotografías estaba su dirección. Todo resulta simple. El señor Hill le estaba haciendo chantaje.
—Es cierto.
—Y usted lo mató porque se cansó de pagar,
—¡No! ¡No lo maté!
—Usted fue allí esta noche.
—¡No conteste, Stella! —dijo rápidamente Jerry.
La joven, que ya iba a responder, se mordió el labio inferior.
—¿Piensa que va a adelantarse algo, aconsejando silencio a la señorita Clifford?
—Teniente, usted acaba de decirnos de qué forma encontró la pista de la señorita Clifford, pero no ha dicho cómo logró llegar a la casa de la víctima.
—Una vecina del señor Hill fue a pedirle azúcar. Se lo encontró muerto y nos telefoneó.
—¿Por qué la gente no es más previsora cuando va al supermercado?
—Jerry, usted debería saber que el crimen es siempre descubierto.
—Por favor, teniente, no me hable como un policía de televisión.
Por un momento pareció que el teniente iba a pegar una dentellada a su interlocutor, pero respiró profundamente para serenarse y lo consiguió.
—Oí lo último que le dijo la señorita Clifford antes de que yo entrase, Jerry.
—No sé a qué se refiere.

—Lo sabe bien. Ella habló de su cliente, del hombre que los puso en marcha, en resumen, nombró a un tal Frank Aldrich.

—Bill —dijo Jerry—, ¿nos contrató alguien?

—Desde luego.

—Pues dile al teniente el nombre de nuestro cliente.

—Charlot.

—Ya lo sabe, teniente. Trabajamos para el tipo del bombín y del bigotito.

El teniente empezó a ponerse rojo. Se pellizcaba el estómago donde tenía la úlcera y pegó un chillido.

—¡Esto lo van a pagar, Jerry!

—¿Cuál es el cargo que tiene contra nosotros? Y por favor, teniente, piénselo un poco antes de decirlo. No me gustaría que quedase mal ante sus esbirros.

—Son cómplices.

—¿De qué?

—De un asesinato.

—Nosotros no nos hemos complicado en nada. Somos agentes de asuntos varios. Estamos sindicados, teniente Kramer, y eso me recuerda que protestaré ante la Asociación de Trabajadores... Prepárese a recibir un millón de cartas y de llamadas telefónicas.

—Muy bien, dejaré lo de la complicidad, pero son encubridores. ¡Y por eso los detengo!

—¿Encubridores de qué...? No, no me lo diga, del mismo asesinato.

—No va a ser del de Luther King.

—No encubrimos nada. Si usted estaba detrás de la puerta y escuchó lo de Frank Aldrich, también debió escuchar lo que decía Bill acerca del caso, que era cosa de la policía. ¿Lo oyó o no, teniente?

Kramer puso una cara muy triste, lo cual indicó a Jerry que lo había oído.

—Vamos, Bill, estamos libres —dijo Jerry y echó a andar hacia la puerta.

Bill salió disparado detrás de su amigo.

Pero ambos se detuvieron cuando el teniente soltó otro rugido.

—¡Quietos ahí!

Jerry y Bill se volvieron.

—¿Decía algo, teniente? —preguntó el primero.

Kramer se pasó una mano por la cara con un gesto de desesperación y sacudió el dedo hacia los dos agentes.

—¡No quiero volver a verles la cara! ¡Han terminado su trabajo, Jerry!

—Desde luego, teniente.

—¿Aceptan retirarse? —preguntó Kramer con asombro.

—Claro, jefe. Usted lo dijo. El caso es sencillo. Se cometió un asesinato y ya tiene al culpable.

Stella Clifford levantó la barbilla y dijo con solemnidad:

—Me decepciona usted, Jerry. Pensé que era un poco más inteligente que el teniente y que había llegado a la conclusión de que no maté a Robert Hill.

Jerry se encogió de hombros, tomó a su amigo del brazo y los dos salieron del apartamento.

Al llegar a la calle. Bill exhaló un profundo suspiro.

—Cielos, me parece increíble que nos hayamos librado de Kramer.

—No nos hemos librado.

—¿Por qué dices eso? ¡Nos soltó!

—No vamos a abandonar el caso.

—¿Cómo?

—Date prisa. Tenemos que informar a Frank Aldrich.

Jerry ya se había metido en un taxi y tuvo que asomar la cabeza para invitar a su amigo, que seguía en la acera como si se hubiese convertido en una estatua.

Media hora más tarde, Jerry llamaba al apartamento de Frank Aldrich.

Durante el camino Bill no había hecho más que lamentarse.

Frank les abrió. Se cubría con un batín.

—¿Qué sorpresa, señor Wallace. No lo esperaba tan pronto.

—Se va a llevar otra sorpresa —dijo Bill con voz lúgubre.

Pasaron al interior y Frank cerró la puerta, volviéndose con las cejas enarcadas.

—¿Tenía razón, señor Wallace? ¿Hay otro hombre en la vida de Stella?

—Lo había.

—¿Qué quiere decir?

—Que ya está muerto. Y en estos momentos su prometida se encuentra en manos de la policía, acusada de homicidio.

Aldrich se puso pálido. Pasóse una mano por el cabello y se dirigió a un bar.

—Para mí que sea doble —dijo Bill—. A propósito, ¿no tiene nada para hincarle el diente?

—Vaya a la cocina y busque en la nevera.

Bill se fue a la cocina.

Aldrich dio a Jerry un whisky.

Los dos bebieron y Jerry contó a Aldrich todo cuanto sabía, acerca de la muerte de Robert Hill y de la intervención de Stella Clifford.

Aldrich escuchó en silencio, y cuando Jerry hubo terminado, cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo del sillón.

—Yo soy el culpable y soy un miserable. He sido el causante de que Stella haya matado a ese hombre.

—Tranquilícese, Frank.

—¿Cómo quiere que me tranquilice? Yo les contraté a ustedes. ¿Cómo

se le ocurrió llamar a Stella? Usted la puso en marcha. Es como si usted hubiese puesto el cuchillo en la mano de Stella.

—Sabe que no hice eso.

—Si se hubiese estado quieto...

—No podía estar quieto. Usted me contrató para que hiciese un informe de su prometida y cumplí la misión en la forma más conveniente, para obtener resultados rápidos. Y voy a seguir trabajando.

—¿Qué quiere decir?

—No creo que Stella matase a Robert Hill.

—Entonces, ¿para qué fue allí?

—Simplemente, se sintió impulsada a ir a aquella casa para enfrentarse con el chantajista... Quizá fue a suplicarle que le devolviese los negativos.

—La policía no admitirá eso. Ya habrá decidido que Stella fue allí por los negativos y dispuesta a matar por recuperarlos.

Jerry no le había hablado a Frank de la agenda de Robert Hill, el cuaderno en que figuraban varios nombres.

—Por mí han terminado, Jerry —repuso Aldrich con voz seca—. Quédese con los cuatrocientos dólares, pero desde ahora dejo de ser su cliente.

—Como quiera, Aldrich. Está en su derecho.

Jerry se levantó y asomó la cabeza por la cocina.

Bill estaba comiendo a dos carrillos. Tenía la nevera abierta y a su derecha se veían tres platos vacíos. Ahora despachaba un enorme helado.

—Ya termino, Jerry.

—Déjalo para la próxima vez.

Bill se levantó y salió de la cocina, limpiándose la boca con una servilleta de papel.

—Señor Aldrich —dijo—, será mejor que avise a su proveedor.

Aldrich no contestó, sumido en profundos pensamientos, y Jerry y Bill abandonaron definitivamente aquel lugar.

Al llegar a la calle, Jerry sacó el fajo de billetes y dio unos cuantos a Bill.

—Vete al hotel.

—¿Qué vas a hacer tú, Jerry?

—Tengo plan con una pelirroja —mintió.

Prefería no decirle a Bill lo de la agenda para que no cometiese un desliz con la policía si las cosas se ponían feas.

—¿Qué pelirroja?

—¿Tengo que presentarte a todas mis amigas? —rezongó Jerry y se metió en un taxi.

—¿Adónde vamos? —preguntó el conductor.

—Eche a correr y ya se lo diré.

Consultó la agenda. Dejando aparte a Stella Clifford, había otras tres personas residentes en Nueva York, dos hombres y una mujer. Eligió a la mujer, Elizabeth Hamilton, y entonces le dio la dirección al taxista.

CAPÍTULO IV

Jerry sonrió al ver a la joven que le había abierto la puerta. Era justamente una pelirroja.

Después de todo, no le había mentado a Bill.

Y al verla sintió deseos de hacer plan con ella, porque la muchacha daba el peso y la medida de lo que él consideraba lo mejor en pelirrojas.

—¿Elizabeth Hamilton?

—Sí.

Vestía blusa blanca y pantalones negros, todo muy ceñido, marcando promontorios, curvas y otros accidentes geográficos.

—Soy Jerry Wallace.

—Ya tengo frigorífico.

—No vendo frigoríficos.

—Ya tengo aparato de T.V.

—No vendo de eso.

—Ya tengo de todo y adiós.

Jerry se deslizó por el hueco antes de que la joven cerrase y, como ella no se apartó, quedaron muy juntos.

—Señor Wallace, estoy esperando a un amigo.

—Yo seré su amigo.

—Póngase en la cola.

—Deje que salte el turno. Tengo un lema. Pruebe y compare.

—Yo tengo otro lema.

—Qué casualidad. ¿Y cuál es?

—Lárguese, pelmazo.

—Elizabeth, tengo la impresión de que éste es mi día.

—Pero no es su noche. ¡Fuera!

Sin embargo, Jerry se apartó de ella para introducirse en el *living*.

La joven cerró la puerta y se volvió cruzando los brazos.

—¿Qué clase de fresco es usted?

—No le extrañe. Hice mi servicio militar en el Ártico. Soporté temperaturas de cuarenta bajo cero.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace siete años.

—Pues ha tenido tiempo de deshelarse.

—No tuve suerte. Hasta ahora no encontré a una chica como usted.

—Le advierto una cosa. Mi amigo mide cerca de dos metros y no le gustaría nada encontrarlo aquí.

—A mí tampoco me gustaría encontrarme con él. ¿Por qué no lo llama y le dice que venga dentro de un par de años?

—Lo voy a llamar para que venga ahora mismo —repuso la joven y se dirigió hacia el teléfono.

Jerry se sentó en un sillón, cruzó las piernas y dijo:
—Si su amigo es Robert Hill, perderá el tiempo en llamarlo.
La bonita joven ya había atrapado el micro, pero se quedó inmóvil.
—¿Qué nombre ha dicho?
—Robert Hill.
—No conozco a ningún Robert Hill.
—¿No? Pues él me dijo que la conocía a usted muy bien.
—Ahora comprendo.
—¿Qué es lo que comprende?
—Su aparición en mi apartamento. Vino confundido, señor Wallace. Pensó que yo conocía a Robert Hill, pero no es así. De modo que, ahora que se ha deshecho el equívoco, será mejor que se marche.
Jerry se puso en pie y dio un suspiro.
—De acuerdo, me equivoqué.
La joven dejó el auricular en la horquilla y sonrió.
—No tiene que excusarse. Estas cosas pasan a menudo.
Jerry hizo un gesto con la mano y se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo a medio camino. En la pared había tres cuadros que correspondían a otras tantas fotografías de Elizabeth Hamilton.
—Soy modelo publicitaria —la oyó decir.
—Hace su trabajo muy bien.
—Gracias.
—¿Estuvo en Chicago?
—¿Qué?
—Le pregunté si estuvo en Chicago.
—Claro que estuve en Chicago, y también he estado en Detroit, en Búfalo, en Philadelphia...
—¿Cuándo estuvo por última vez en Chicago?
—Hace seis meses.
—¿Y no conoció allí a Robert Hill?
—¡Le he dicho que no sé quién es!
—Le refrescaré la memoria. Usted estuvo en una fiesta invitada por Robert Hill o por otra persona. Y le hicieron tomar la droga LSD. Luego...
—¡Cállese!
—¿Cuánto está pagando, señorita Hamilton?
—No sé de qué me habla.
—Se lo diré con más claridad. Está siendo chantajeada por un grupo de desaprensivos y, si no conoció a Robert Hill, habrá oído hablar de Harry Linder o de Ingrid Stahl.
En aquel momento funcionó una llave en la puerta y ésta se abrió dando paso a un hombre. Era grande pero no medía los dos metros, aunque le faltaba poco.
Al ver a Elizabeth en compañía de un desconocido, arrugó la nariz.

—¿Quién es, Elizabeth? —ladró.

—Un entrometido. Se llama Jerry Wallace. Está insistiendo en que conozco a ciertas personas de Chicago.

—Malo, muchacho.

—Échalo de aquí, Peter.

El llamado Peter puso la mano en el tirador.

—¿Se va por su propio pie o quiere que lo empuje señor Wallace? Le advierto que soy muy brusco.

—Oiga, Peter, ¿por qué no nos sentamos como buenos amigos y hablamos del crimen?

—¿Qué crimen?

—Robert Hill fue asesinado esta noche. ¿Hizo usted el trabajo por cuenta de Elizabeth, Peter?

—¡Ahora se la ha ganado!

Peter se abalanzó sobre Jerry tirándole el puño derecho a la cara.

Jerry estaba preparado y burló la acometida con un rápido quiebro de cintura.

Peter perdió el equilibrio, pero quizá no habría caído en el suelo, de no ser por el puñetazo que le propinó Jerry en el hígado.

Cayó como un fardo y quedó en la alfombra, quejándose.

Jerry se agachó sobre él y lo registró. Tenía una pistola bajo la axila, en la correspondiente funda.

—Vaya, un arma de fuego.

—Tengo licencia para usarla —le contestó Peter—, Soy investigador privado.

Jerry le sacó la cartera y comprobó que aquel hombre era un investigador privado porque así lo aseguraba su credencial. El nombre completo era Peter Bogart.

—Estupendo —dijo Jerry—, tú y yo podemos hablar, Peter.

—¿Cuál va a ser el tema?

—El asesinato de Robert Hill. No hay otro.

—¿Cómo quieres que te diga que no sé nada?

—Hasta ahora no lo dijiste y ya cometiste un fallo. ¿Dónde están las fotografías?

—¿Qué fotografías?

—Las de Elizabeth.

—En la pared. ¿Es qué no las ves?

—Muy buen chiste, pero tú sabes que no me refiero a esas fotografías, sino a las del chantaje. Fuiste a la casa de Robert a por ellas.

—No fui a casa de nadie.

—¿Dónde estuviste entre las ocho y las diez de la noche?

—En el cine.

—¿Con quién?

—Sólo. Pero puedo hablarte de la película.

—No me sirve. Me hablarías de una película que viste hace días o meses.

—¿Por qué infiernos quieres mezclarme en un asunto sucio?

—Porque no puede ser casualidad que tú seas investigador privado y te hayas relacionado con una joven que ha sido víctima de un chantaje, con Elizabeth Hamilton.

—Acepta un consejo, Wallace. Vete corriendo a consultar a un siquiatra.

Jerry dejó caer la cartera en la alfombra y, tras un titubeo, arrojó la pistola con la funda al otro lado de la habitación.

Elizabeth se había puesto pálida cuando Peter cayó en el suelo y todavía no había recuperado el color.

—Está bien, ya me voy —dijo Jerry—, Pero será mejor que no escapéis de la ciudad.

—¿Por qué habríamos de escapar? —preguntó la joven.

—¿Por qué va a ser, cariño? Por la muerte de Robert Hill. Hasta ahora no habéis probado vuestra inocencia. Seguiré investigando. Hasta pronto.

—Di mejor hasta nunca —repuso Peter levantándose.

Jerry salió del apartamento.

Les había puesto una trampa, y él era el cebo. Pensó que si Elizabeth y Peter tenían que ver algo con la muerte de Robert Hill, acabarían por traicionarse. ¿O era demasiado ingenuo al esperar tal cosa? Peter era un profesional, Un investigador privado, y, tal como estaban las cosas, podían estarse quietos. En el caso de que Peter fuese el asesino, habría recuperado las fotografías de Elizabeth.

Se metió en un bar, pidió un whisky y fue a la cabina telefónica. Allí consultó la guía. Marcó el número de Edmond Massey, pero no le contestaron. Tuvo más suerte con Jack Newman. Descolgaron en seguida.

—¿Sí? —dijo una voz femenina.

—Quiero hablar con Jack Newman.

—¿Quién lo llama?

—Un amigo. Jerry Wallace.

—Espere un momento.

Transcurrieron unos instantes y oyó la voz de un hombre.

—Yo soy Jack Newman, pero el nombre de Jerry Wallace no me dice nada.

—Soy un amigo de Robert Hill.

—¿De quién?

—De Robert Hill.

—Disculpe, pero no lo conozco. Debe estar equivocado.

—El equivocado es usted, señor Newman. Robert Hill me dio muchos detalles de usted, y algunos son la mar de interesantes.

—Ahora recuerdo, señor Wallace.

—Lo celebro.

—Tendré en cuenta su pedido.

—¿Mi pedido?

—Sí, señor Wallace... Mañana discutiremos el precio. Será especial para usted. No me dé las gracias... Puede verme en mi oficina. ¿Le parece bien a las nueve?

Jerry comprendió que aquel hombre no quería hablar de Robert Hill en presencia de las personas que lo rodeaban en aquel momento.

—Muy bien, señor Newman. Estaré a las nueve en su oficina.

—Hasta mañana, señor Wallace—dijo Newman y colgó.

Jerry ya no podía hacer hasta el día siguiente, de modo que se dirigió a su hotel.

La viuda Harrison atendía el registro.

—Me alegro de verlo, Jerry. Logró confundirme esta mañana con su verborrea, pero tuve tiempo para pensar. No creo que tenga un cliente de quinientos dólares. ¿Cómo pude ser tan tonta?

Jerry sacó el fajo de billetes y la viuda agrandó los ojos.

—¿Decía algo, señora Harrison?

—Oh, disculpe. No sabe cuánto lo siento, señor Wallace.

—No lo sienta —dijo Jerry y pagó lo que debían—. ¿Está Bill arriba?

—No, señor... Verá. Cuando él llegó le dije que no podía subir hasta que pagase.

—De modo que no quiso darle la llave.

—Ya estoy arrepentida, señor Wallace.

—¿Y adónde fue Bill?

—Dijo que daría un paseo por ahí, para dar tiempo a que usted regresase con el dinero.

—Cualquier día se va a ir al infierno, señora Harrison —dijo Jerry y subió la escalera.

Una vez en la habitación, se desnudó y vistió el pijama.

Oyó pasos en el corredor y pensó que era Bill. La puerta se abrió, pero no entró su amigo. Eran dos hombres a quienes Jerry no había visto nunca.

—¿Qué quieren?

—Su pellejo —contestó el más alto de los dos fulanos.

CAPÍTULO V

Jerry se había quedado de piedra al oír la frase del matón.

—Perdonen, amigos, pero sólo tengo una piel.

—Es la que necesitamos.

—Esperen a que tenga una de repuesto.

—No hay espera posible.

Los dos a una se abalanzaron sobre Jerry. Éste saltó a un lado burlando a uno de los matones, pero el otro lo cazó con un terrible derechazo en el costado.

Jerry se fue contra la pared sintiendo que el riñón se le encogía.

Tiró el puño y lo hizo chocar contra unas narices.

—Maldito seas —dijo el que había recibido el golpe y le propinó un rodillazo en el bajo vientre.

Jerry se arqueó hacia adelante y entonces los dos tipos empezaron a pegarle en firme.

Fue una lluvia de golpes y se dejó caer para no recibirlos todos. Luego, en el suelo, resultó fácil para sus dos visitantes el llevar a cabo el martilleo.

Jerry creyó que se moría. Trataba de mover los brazos, pero ya no tenía fuerzas ni para levantarlos medio palmo.

Al fin terminaron de pegarle la paliza.

El que había hablado primero lo cogió por el pijama y lo levantó un poco.

—¿Me oyes, Wallace?

Jerry le escupió a la cara y eso le costó una bofetada extra.

—Te crees un tipo duro, ¿eh, Wallace? —dijo el fulano y le incrustó los nudillos en el estómago.

Jerry no tuvo fuerzas ni para escupir.

—Wallace —dijo el otro—, tienes que apartarte del asunto. Deberías saber que para llegar a viejo hay que mantener la boca y los ojos cerrados. Si no obedeces, la próxima vez no tendrás necesidad de un curalotodo, sino de un servicio fúnebre.

Lo soltó y Jerry golpeó contra el suelo.

Los dos fulanos se marcharon.

Jerry se arrastró hasta el excusado y, una vez llegado a su destino, devolvió todo lo que su estómago contenía.

Oyó que la puerta se abría y pensó que serían otra vez los dos matones, porque se habían olvidado de sacarle los dientes.

—¿Dónde estás, Jerry?

Era Bill.

—Muriéndome.

Bill asomó la cabeza en el baño, y, al ver a Jerry, puso una cara de asombro.

—Jerry, ¿qué han hecho contigo?

—Picadillo.

—Pero la patrona no tiene tanta fuerza.

—No seas iluso. Fueron dos matones.

—¿Quiénes? Dímelo.

—¿Para correr?

—Para ajustarles las cuentas.

—No me dejaron tarjeta de visita.

Bill ayudó a Jerry a llegar hasta la cama.

El joven se tendió y cerró los ojos.

Los abrió soltando un chillido de dolor. Bill trataba de curarlo con el botiquín de urgencia.

—Ten cuidado, Bill, o acabarás por destríparme.

—Perdona, muchacho... Imagino que ahora estarás convencido de que mejor es que nos vayamos a Florida.

—Nos iremos a Florida.

—¡Eso es fabuloso, Jerry!

—Cuando hayamos terminado el caso.

Una voz dijo por detrás:

—El caso ya está terminado.

Era el teniente Kramer de la Brigada de Homicidios.

Fumaba un hermoso habano y se lo quitó de la boca para sonreír.

—¿No tiene miedo a su úlcera, teniente? —preguntó Jerry. Kramer parpadeó mientras quedaba serio.

—Eh, Jerry, ¿con quién peleó?

—Con mi suegra. Nunca nos hemos entendido.

—Qué animal... Eh, usted, no está casado.

—Teniente, como policía no le quitaría el puesto ni el Pato Donald... ¿Quién cree que me pudo machacar? No. No responda porque dirá otra tontería.

—¡Jerry!

—Fueron dos matones. ¿Y sabe quién los contrató?

—Algún marido que se hartó de usted.

—El asesino de Robert Hill.

—Cuénteme una de miedo.

—Ya pasé bastante miedo mientras esos fulanos se divertían conmigo. Pero no hablemos de mí, sino de usted. ¿A qué vino, teniente?

—Stella confesó y pensé que les gustaría saberlo.

—¿Qué es lo que confesó? ¿Qué mató a Robert Hill?

—No dijo que matase a Robert Hill, pero es como si lo hubiese dicho. Admitió que estaba siendo chantajeada por Robert Hill.

—Llegó tarde. Eso ya lo admitió ante nosotros.

—Lo supe. En resumen, el fiscal tendrá un buen argumento para condenar a Stella Clifford.

—No, no la condenará. El fiscal sólo tendrá contra Stella un montón de pruebas circunstanciales.

—No sea ingenuo, Jerry. Todo está en contra de su cliente. Sólo faltaba que ella confesase la relación que le unía a Robert Hill para que todo quedase claro. Desde luego, contará con las simpatías del fiscal. Los chantajistas no son bien vistos por nadie, pero no le daba ningún derecho a Stella para matarlo. En fin, la chica se pasará diez años en la cárcel y luego podrá reemprender su vida.

—¿Y qué pasaría si Stella Clifford fuese inocente? ¿Quién le devolvería los diez años pasados en la cárcel?

—Tonterías.

—¿De verdad piensa que lo son, teniente?

—Jerry, siuviésemos en cuenta la posibilidad de un error judicial en este caso, yo presentaría mi dimisión.

—Pues vaya despidiéndose de la placa, teniente. Le recordaré sus palabras muy pronto.

—Es un fanfarrón, Jerry. Siempre lo ha sido.

—Tenga cuidado al salir, no se coja el cigarro con la puerta.

Kramer soltó una risita y, al salir, primero sacó el puro y luego salió él.

—No me lo cogí —dijo triunfalmente, pero se metió el habano en la boca por la parte que estaba encendida.

Pegó un chillido y escupió el puro. Soltando una maldición, cerró la puerta desde el corredor.

Bill lanzó una carcajada.

—Le está bien empleado por burlarse de nosotros.

Jerry se durmió en seguida porque estaba molido.

Al día siguiente se despertó a las ocho. Fue a la ducha y dejó correr por su piel el agua caliente y luego el agua fría.

Contempló los desperfectos de su cara en el espejo. No eran muy grandes, porque casi todo el castigo lo había recibido del cuello para abajo.

Se vistió y cubrióse los ojos con gafas oscuras. Ya estaba un poco más presentable.

Cuando salió al dormitorio, Bill despertó con un bostezo.

—¿Adónde vas, Jerry?

—A trabajar. Espérame donde Joe a las once.

—¿Vas a seguir con lo de Robert Hill?

—Si no siguiese, sería un ratón —contestó Jerry y se marchó.

Desayunó en un bar. Faltaba un minuto para las nueve, cuando entró en el edificio donde se ubicaba la oficina de Jack Newman.

En el séptimo piso se detuvo y ante una puerta donde se leía: «Jack Newman. Fabricante de estilográficas y bolígrafos».

Entró en una sala de recepción donde trabajaba una rubia platino, con

un busto de primera serie. Además de eso, poseía otros encantos, unos ojos verde claro, unas piernas esbeltas y una boca a lo Sofía Loren.

—El señor Newman me citó a las nueve. Soy Jerry Wallace y, si usted me quiere citar esta tarde a las seis, no me dará ni pizca de asco.

—Llega tarde:

—¿A las siete?

—No.

—Magnífico, me gusta más la noche. ¿Le parece bien que pase por usted a las nueve?

—Llega tarde porque el señor Newman se ha suicidado.

—¿Qué...? No, no lo repita. Lo he oído bien.

La joven sollozó y sacó un pañuelito del bolso.

—Era un hombre muy bueno. Nunca tuve un patrón tan maravilloso como el señor Newman.

En el centro de la estancia, sobre la pared, colgaba la fotografía de un hombre de unos cincuenta años, nariz de búho y ojos saltones.

—¿Es él?

—Sí, señor Wallace.

—¿Cómo se suicidó?

—No me lo haga recordar. Ha debido de ser terrible.

—Lo siento, pero tengo que saberlo.

La joven se secó los ojos con el pañuelito y se quitó gran parte del rímel.

—Fue esta mañana, a las siete. Dijo a su mujer que se iba a afeitarse. Qué espantoso... Se cortó las venas con la navaja... ¿Se lo imagina...?

—la recepcionista prorrumpió en sollozos.

—¿Cuál es su nombre?

—Carol Brook.

—¿Por qué se suicidó, Carol?

—No lo sé. El negocio iba muy bien. La fábrica del señor Newman no era la Parker, pero vendía estupendamente sus estilográficas y sus bolígrafos. Los mandamos a todo el mundo, señor Wallace.

Debajo de la fotografía del señor Newman, Jerry leyó: «Hasta los chinos escriben con un Newman».

—¿Tiene la fábrica en Chicago?

—Oh, no, está aquí, en Nueva York. ¿Para qué lo había citado el señor Newman?

—Soy un cliente.

—Entonces, tendrá que hablar con la secretaria del señor Newman, la señorita Kathy Robbins.

—Hablaré con ella. ¿Puedo verla ahora?

—No está. Cuando se enteró de la muerte del señor Newman dijo que se iba a su apartamento. La pobre estaba muy impresionada. Llevaba trabajando cinco años con el señor Newman.

—Tengo prisa. Vivo en Kansas City y debo regresar mañana. Lo siento, pero será mejor que haga mi pedido a otra fábrica.

—Oh, no... Le daré la dirección de la señorita Robbins. Quizá ya se ha acostumbrado a la idea de la muerte del jefe.

—De acuerdo, deme la dirección.

—Calle 62, Este, número 1084, apartamento 42.

—Gracias, señorita Brook.

Jerry ya se dirigía hacia la puerta cuando ella dijo:

—Salgo a las seis y no habrá nadie esperándome.

—Quizá tenga un hueco en mi tiempo —contestó Jerry y salió de la oficina.

CAPÍTULO VI

Cogió un atasco en el tráfico y el taxi tardó cuarenta y cinco minutos en llevarle al número 1084 de la calle 62, Este.

El edificio era moderno, con un vestíbulo adornado por grandes maceteros en los que crecían plantas tropicales.

Subió en un rápido ascensor e hizo sonar el carillón del apartamento 42.

Le abrió una joven de unos veintisiete años que aventajaba a Carol en busto, en largura de piernas y en ojos porque los de ella eran más grandes que los verdosos de la recepcionista. Lucía un veraniego vestido pintado a mano.

—¿Policía? —dijo ella.

—Jerry Wallace —le contestó.

—Pase. Lo estaba esperando.

Jerry entró en un salón decorado con muebles caros. Al fondo había un bar con tres taburetes.

—¿Un whisky, señor Wallace?

—No, gracias.

—Perdón, olvidé que no beben en acto de servicio.

Jerry tampoco deshizo la confusión.

—Hábleme del asunto, señorita Robbins.

La joven se sirvió dos dedos de whisky y lo bebió todo de una sola vez.

—¿Qué sabe usted, señor Wallace?

—Casi todo. Chantaje.

—No fue culpa mía ni de Jack. Nos enamoramos, ¿entiende?

—No se preocupe. Hay cosas que son absolutamente normales.

—Pero, él estaba casado. Yo insistí una y otra vez para que se divorciase, pero Jack tenía miedo a su mujer.

—¿Por qué?

—Ella pertenece a la aristocracia de Boston. Habían tenido tres hijos. Todos los miembros de la familia hacían una intensa vida social. Un divorcio entre esa clase de gente es considerado como la muerte civil... Hubo un momento en que decidí ser yo quien se alejase de Jack, pero él me rogó, me suplicó... Acepté quedarme y, para celebrarlo, hicimos un viaje a Chicago. Sólo fuimos para un fin de semana. Fue un fin de semana que no olvidaré nunca.

—¿Qué pasó?

—Jack me presentó a Robert Hill. Lo había conocido en el bar del hotel. Fuimos a una fiesta invitados por Hill.

—¿Quiénes había allí?

—Sólo recuerdo a un hombre. Harry Linder.

—Descríbalo.

—De cuarenta a cuarenta y cinco, más o menos de su talla, rubio, ojos azules, bien parecido. Al sonreír se le formaban hoyuelos en las mejillas.

—¿Había mucha gente?

—Conté media docena de parejas.

—¿Y cómo transcurrió la fiesta?

—Bebimos mucho y nos alegramos. Todos sabían contar chistes muy graciosos. Reinaba la armonía y el buen humor. Alguien habló de la droga LSD. Era fantástica, no hacía daño y lo transportaba a uno a un paraíso. Era una leyenda lo de los efectos nocivos posteriores. Uno no se hacía drogadicto.

—Y acabaron por tomarla.

—Sí, señor Wallace.

—¿Y luego?

—Lo olvidé. Me desperté en un dormitorio sobre una piel de oso. Jack estaba a mis pies. Tuve que despertarlo yo. Robert Hill apareció al poco rato sonriente. Preguntó si nos habíamos divertido. Tampoco Jack recordaba nada. Nos despedimos de Robert Hill y regresamos al hotel. No volvimos a ver a Hill durante nuestra estancia en Chicago. Regresamos a Nueva York y, al cabo de dos semanas, Jack recibió unas horribles fotografías. De él y de mí y de otras personas, hombres y mujeres...

—¿Cuánto pidieron a Jack por los negativos?

—Mil dólares.

—¿Dónde debía pagarlos?

—Un cobrador pasaría por la oficina y justo al día siguiente se presentó el propio Robert Hill... Jack le dio los mil dólares, pero Hill le dijo que había olvidado los negativos y que los mandaría por correo.

—Pero eso nunca llegó a ocurrir.

—No, señor Wallace. Al mes siguiente pidieron otros mil dólares.

—Por correo también.

—No, esa vez usaron el teléfono. Jack quiso negarse y le dijeron lo que iban a hacer con las fotografías. Se las mandarían a su hija mayor de dieciséis años, a la Universidad... Y si a las veinticuatro horas no pagaba, mandarían las fotografías al hijo que estaba en el colegio. Dejaría para el final a la señora Newman. Jack no pudo esperar ni las primeras veinticuatro horas y pagó. Lo dejaron en paz durante un par de meses, pero luego volvieron a las andadas.

—¿Cuánto pagó en total?

—Seis mil dólares.

—Unas fotografías un poco caras. ¿Qué pasó ayer?

—Robert Hill le telefoneó, pero esta vez quería más.

—¿Cuánto?

—Cinco mil dólares.

—¿Por qué subió tanto?

—Dijo que esta vez era la buena, la definitiva.

—¿Lo creyó Jack?

—No tenía más remedio que creerle.

—Así, que, le pagó los cinco mil dólares.

—Imagino que los pagó.

—¿Por qué solo lo imagina?

—Yo me despedí de Jack a las siete. Jack tenía que ir a la dirección que le había indicado Robert Hill.

—¿Qué dirección?

—Calle Golden Palisade, número 3.

Jerry se tironeó de la oreja. Era la casa donde habían matado a Robert Hill.

—¿Llevaba Jack el dinero cuando se separó de usted?

—Yo misma lo saqué de la caja fuerte y él lo guardó en su cartera.

—¿Habló con Jack después?

—No, señor.

—¿No le telefoneó él?

—Ya le he dicho que no. La primera noticia la he tenido hoy en la oficina. Llamó su mujer para anunciarnos su muerte...

Jerry dio unos pasos por la estancia mientras pensaba. Si Jack había acudido a la cita de las nueve con Robert Hill, el fabricante de estilográficas tenía más probabilidades que nadie de ser el asesino. Robert Hill había subido la tarifa de mil a cinco mil dólares. ¿Cuál habría sido la reacción lógica de Jack Newman, después de pagar los cinco mil dólares a Robert Hill, y éste se negase a darle los negativos? Eso explicaría el suicidio. En principio, quizá Jack pensó que su crimen quedaría impune. De ahí su sorpresa la noche anterior, cuando él, Jerry, le llamó hablándole de Robert Hill. Jack pudo llegar entonces a la conclusión de que su pesadilla no había terminado y que no acabaría nunca. Pero si las cosas habían ocurrido así, ¿cómo lo probaría ante la justicia?

Era curioso, Jack Newman podría haber sido el asesino de Robert Hill, pero la justicia se lo haría pagar a Stella Clifford.

—Gracias por todo, señorita Robbins.

—No hay de qué.

Jerry se dirigió hacia la puerta.

—Señor Wallace.

—¿Dígame?

—¿Cree usted que Jack Newman recuperó los negativos?

—No lo sé, pero si los recuperó, debió destruirlos.

—Ojalá lo hiciese.

—De todas formas, si alguien intentase establecer contacto con usted,

le voy a dejar mi tarjeta.

La joven acudió a su lado para recoger la tarjeta que Jerry le alargaba.

La leyó e hizo un gesto de sorpresa.

—¿Qué dice aquí?

—Agente de Asuntos Varios.

—Entonces, ¿no es policía?

—No.

—Pero usted dijo...

—Yo no dije nada.

—Pero debió aclararme su personalidad.

—Entonces usted no habría hablado y era importante que me lo contase todo, porque Robert Hill fue asesinado anoche.

La joven agrandó los ojos y abrió la boca, pero no emitió sonido alguno durante unos segundos. Al fin recuperó el habla.

—¿Cree usted que Jack lo mató?

—Tuvo motivos y oportunidad para hacerlo, pero la policía eligió a otra persona. A una mujer, Stella Clifford, otra víctima de los chantajistas. También ella tomó la LSD, y recibió las fotografías correspondientes. Recuérdelo, Kathy, llámeme inmediatamente si intentan sacarle dinero a cuenta de sus postales.

—Sí, señor Wallace.

Jerry hizo un saludo con la mano y salió del apartamento.

Eran las once y media cuando llegó a la dirección de Edmond Massey. Se encontró con la sorpresa de que era un fotógrafo y tenía su estudio en el último piso de un edificio de ocho plantas.

Le abrió una joven vestida de zíngara.

—¿Edmond Massey?

—Sí, aquí es.

—Necesito hablar con él. Dígale que soy Jerry Wallace.

—Pase y siéntese.

La zíngara desapareció y Jerry aprovechó la espera para, ver las fotografías que cubrían las paredes del vestíbulo. Estaba preparado para todas las sorpresas y no se asombró al ver en dos de ellas a Elizabeth Hamilton.

Apareció un tipo pequeño, regordete, con el cabello caído sobre la frente.

—Yo soy Massey. Si es usted el representante de alguna especialidad del ramo, no necesito nada. Pero venga por aquí en un par de meses y quizá le haga un pedido.

—No, señor Massey, no represento a ninguna casa del gremio, pero vengo a hablarle de fotografías.

—Perdone, pero no hago fotografías a particulares. Sólo me dedico a la publicidad, aunque puedo recomendarle a un amigo.

—Tampoco es ése el motivo de mi visita.

—¿Entonces?

—Quiero hablarle de las fotografías que se sacan después de haber tomado la LSD.

Massey hizo un gesto de perplejidad, que cambió por uno de indignación.

—¡Yo no hago esas porquerías, señor Wallace!

—Pero las hacen otros.

—Búsquese a uno de ellos.

—Ya lo tengo. Se llama Robert Hill, pero está muerto.

—No, le entiendo.

—Murió asesinado. Anoche.

—Otra joven apareció en el vestíbulo. Se cubría con un bañador de dos piezas.

—Edmond, te he dicho que tengo prisa. Me están esperando para almorzar y son ya cerca de las doce.

—En seguida acabo con este visitante y te disparo las placas.

—Por favor, date prisa —repuso la bañista y se marchó.

Massey sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó el sudor del cuello, mientras observaba atentamente el rostro de Jerry.

—¿Quiere explicarme de una vez lo que quiere, señor Wallace?

—¿No cree que debemos hablar en un lugar más reservado para impedir que nos escuchen?

—No tengo nada que hablar con usted.

—Le conviene oírme.

Massey titubeó unos instantes.

—Está bien. Sígame.

CAPÍTULO VII

Fueron por un corredor a cuya derecha había huecos que daban a un amplio salón en donde hablaban cuatro jóvenes, entre ellas la del bañador y la zíngara.

Massey introdujo a Jerry en un despacho muy desordenado.

—Siéntese donde pueda, señor Wallace.

Las sillas y los sillones aparecían ocupados con cajas, instrumentos, accesorios fotográficos, fotografías, negativos...,

—Le hablaré de pie, señor Massey.

—Adelante.

—¿Desde cuándo estaba pagando a Robert Hill, Massey?

—Desde hace dos años.

—¿Cuánto le pagó?

—Unos ocho mil... Ande, ríase... Es el colmo de un fotógrafo, ¿eh? Tener que pagar por sus propias fotografías. Esos canallas me atraparon bien... Trabajo para tres importantes agencias y me amenazaron con mandarles las fotografías a ellos. No podía consentirlo. Hay fotógrafos por millares. Si uno se va, otro llega y le quita el pan. Es lo que habría pasado conmigo. Me habrían arrojado de las agencias. Uno siempre tiene envidiosos, compañeros dispuestos a clavar el puñal por la espalda.

—¿Dónde le hicieron las fotografías?

—En Chicago.

—¿Quién lo invitó a la fiesta?

—Así pues, sabe eso...

—Todo lo que se necesita saber.

—Me invitó Robert Hill.

—¿A quién conoció en la fiesta?

—A un rubio.

—¿Harry Linder?

—Eso es, Harry Linder.

—¿Llevaba usted compañía?

—Fui solo. La compañía me la pusieron un poco más tarde.

—Pero usted tomó voluntariamente la LSD.

—Sí, y la pagué a precio de oro. Se lo aseguro.

—¿Cuándo le pidió Robert Hill por última vez dinero?

—Hace un mes.

—Miente.

—¿Por qué he de mentir?

—Se lo pidió ayer.

—Todavía no me ha dicho a qué se dedica, «sabelotodo».

—A husmear.

—¿Por cuenta de quién?

—De una de las víctimas. Volvamos a usted. Massey. Decía que Robert Hill le pidió dinero ayer.

—De acuerdo, me pidió dinero ayer.

—¿Cuánto?

—Dos mil.

—¿Cuánto le había pedido con anterioridad?

—De mil en mil.

—¿Por qué dobló la tarifa?

—Protesté, pero no me quiso decir por qué la doblaba. Yo tenía que pagar sin protestar o las agencias recibirían las fotografías.

—Pero agregé que esta vez era la buena para la devolución de los negativos.

—Eso dijo el muy canalla.

—Y lo engañó.

—No crea que me dio la sorpresa. Lo esperaba.

—¿Adónde le llevó el dinero?

—Oiga, yo no maté a Robert Hill.

—¿Adónde, Massey?

—Golden Palisade, número 3... Pero se equivoca si cree que acabé con ese tipo. Merecía la muerte y soy el primero en alegrarme de que al fin se haya ido a chantajear al demonio, pero yo no lo maté.

—¿A qué hora?

—Señor Wallace, ¿qué es lo que se propone?

—Dígame a qué hora.

—A las ocho.

—Pero usted no fue a las ocho.

—¿No? ¿Y a qué hora fui?

—A las nueve.

—¡Se equivoca! ¡Fui a las ocho!

—¿A quién encontró en la casa?

—A Robert Hill.

—¿Estaba solo?

—Yo no vi a otra persona.

—Cuenta. No espere a que yo le saque todas las palabras. ¿Qué pasó?

—Lo natural, le di el dinero y él me dijo que ya me podía marchar. Le pedí los negativos y Hill me contestó riendo que los había olvidado en Chicago pero que otra persona se encargaría de proporcionármelos.

—¿Y usted quedó conforme y se marchó?

—Sí.

—No espere que lo crea.

—¡Le juro que me marché!

—Es posible que se marchase, pero luego regresó. Y yo sé adonde fue Massey. A beber whisky para reunir coraje.

—¿Para qué necesitaba coraje?

—Para matar.

—¡Está loco, Wallace! ¡Y eso me recuerda que todavía no me ha dicho cuál es concretamente su profesión!

—Haga suposiciones.

—Investigador privado.

—Usted volvió a la casa con un propósito, el de acabar con Robert Hill. Y lo hizo, metiéndole un palmo de acero en el corazón.

Massey se limpió otra vez el sudor del cuello y movió la cabeza en sentido negativo.

—No, Wallace, yo no lo maté y para que vea que soy honrado, le diré que acertó. Volví a la casa.

—¿A qué hora?

—No miré el reloj. También dio en la diana al suponer a donde fui después de pagar los dos mil dólares a ese bastardo. A un bar. Bebí cuatro whiskys, uno detrás de otro... Entré en la casa y allí lo vi tendido. Estaba muerto.

—¿Con qué pensaba matarlo?

—Yo no pensaba matarlo.

—¿Qué iba a hacer? ¿Pegarle una paliza? Usted no habría podido nunca con él.

—Llevaba un revólver. Naturalmente, no lo iba a utilizar. Sólo quería meterle miedo para que me devolviese los negativos.

—¿Por qué no usó el revólver la primera vez?

—Usted lo dijo. No tenía bastante coraje.

—¿Qué hizo cuando descubrió a Robert Hill?

—Registré varios muebles. Quería encontrar los negativos o copias de mis fotografías. Pero no encontré nada. Luego me marché.

—¿Por dónde salió?

—Por donde había entrado.

—¿No salió por la puerta trasera?

—No.

—¿No tuvo en cuenta que lo podían ver?

—No pensé que hubiese una puerta trasera. Yo estaba asustado. Cada vez lo estaba más. Pensaba en la policía, en la que se armaría, y en las fotografías que ellos tenían de mí. Yo era víctima de un chantaje y podía ser considerado como el asesino, porque tenía razones para matar.

—¿Qué me dice de Elizabeth Hamilton?

—¿Elizabeth?

—He visto que es una de sus modelos.

—Lo era.

—¿Cuándo dejó de serlo?

—Hace unos tres meses. Pero, ¿por qué mezcla a Elizabeth en esto?

—¿No le dijo ella nada?

—¿Qué tenía que decirme? —Massey arrugó el entrecejo y se echó a reír.

—Sí, era otra de las víctimas, Massey.

—Es increíble.

—¿Por qué increíble?

—Elizabeth siempre ha sido de costumbres un poco ligeras y ella podía temer poco a la opinión pública. En fin, uno se lleva sorpresas. Los chantajistas saben elegir mejor que yo a sus víctimas, y si eligieron a Elizabeth es porque ella debía temer seriamente que ciertas personas recibiesen sus postales.

—Eso es seguro. Una persona, aunque tenga costumbres ligeras, siempre guarda un decoro por respeto a sus familiares o a ciertos amigos.

—Tiene razón.

—¿Conoce a Peter Bogart?

—No. ¿Quién es?

—Un investigador privado que está relacionado con Elizabeth...

—Es la primera vez que oigo mencionarlo.

—¿Cuánto tiempo estuvo trabajando para usted Elizabeth?

—Un par de años.

—Entonces ella se relacionaría con mucha gente.

—Desde luego. Aunque Elizabeth prefería a los hombres con dinero.

—¿Y tenía éxito?

—Bastante. Si ya la conoce, habrá visto que es una mujer con muchos encantos.

—¿Oyó hablar de Stella Clifford?

—Tampoco. ¿Por qué?

—La policía la acusa del asesinato de Robert Hill. Ella llegó después que usted a la casa de Golden Palisade.

—Total, que me salvé por puntos.

—No, todavía no se salvó.

—¿Es que me va a acusar ante la policía?

—No lo haré, de momento.

—Señor Wallace, le he contado la verdad.

—No sé si es la verdad.

—¿Por qué infiernos iba a ser tan sincero con usted, respecto a mis relaciones con Robert Hill?

—Por una razón. ¿Y si yo tenía los negativos que probaban su relación con Robert Hill? Hasta la vista, señor Massey y le diré lo que la policía dice en estos casos. No abandone la ciudad.

Jerry salió por el corredor y Massey fue detrás.

La bañista asomó la cabeza por uno de los huecos del salón.

—Edmond, me estás haciendo perder mí oportunidad con un millonario. ¿Por qué no me disparas las placas de una vez?

Jerry salió del estudio fotográfico mientras escuchaba las maldiciones que Massey soltaba por lo bajo.

CAPÍTULO VIII

Bill Lewis entró en el bar de Joe y se arrimó al mostrador. Tenía un gesto malhumorado. En el camino se había tropezado con un gato negro y, para colmo, sin darse cuenta, pasó por debajo de una escalera. Era muy supersticioso.

Joe se acercó por la otra parte. Joe era un ex boxeador.

—¿Qué vasa tomar, Bill?

—Veneno.

—Esto no es una farmacia.

—Entonces ponme un whisky.

Joe le puso el vaso con la bebida y Bill al ir a cogerlo tiró un salero que no había visto.

Miró la sal con los ojos desorbitados.

—¡Dios mío! —exclamó lleno de terror—. ¡También esto!

Joe miró la sal también.

—No te preocupes. Échate un poco por detrás del hombro y romperás la racha.

Bill cogió un puñado de sal y lo arrojó por detrás del hombro.

Una joven dio un grito.

Bill se volvió tartamudeando porque había echado la sal sobre la rubia más hermosa que había visto en su vida.

—Perdone... Fue culpa del gato negro.

La rubia parpadeó. Tenía ojos azules y la boca en forma de hociquito. Llevaba un suéter blanco como la leche, y una falda moteada como el leopardo, pero a Bill le pareció toda ella una fiera.

—No se excuse, yo también soy supersticiosa —dijo la joven.

—¿Puedo invitarla? —dijo Bill por decir algo.

—Claro —contestó la joven.

Bill se quedó asombrado porque no esperaba que una mujer como aquella le diese una oportunidad. Aquellas fieras le venían a la medida a su amigo Jerry.

—¿Qué vas a beber?

—Lo mismo que usted, whisky. Y mi nombre es Sue Grosser.

—Bill Lewis.

—Encantada, Bill.

—Mucho gusto, Sue.

Billapuró de una sola vez el contenido de su vaso e indicó a Joe que podía servir de nuevo.

Sue bebió a pequeñas dosis y se relamió los labios, lo cual hizo recordar a Bill una gata después de haber bebido su plato de leche. —Qué grandote es usted.

—¿Verdad que sí? —dijo él porque no se le ocurrió otra cosa.

—Debe tener una fuerza tremenda.

—La tengo.

—¿A cuántos hombres es capaz de vencer a la vez?

—Creo que a tres o cuatro.

—Yo diría que a seis.

—Oh, no, son demasiados, Sue.

—No seas modesto, Bill —lo tuteó ella—. ¿Me dejas que te toque el brazo?

Bill se esponjó lleno de orgullo.

—Desde luego, puedes tocarlo, y hasta llevártelo a casa.

Dobló su brazo y Sue puso su zarpita en el bíceps. Se quedó con la boca abierta haciendo un gesto de asombro.

—Cielos, qué bola.

Bill se sintió transportado al séptimo cielo. Era increíble que él estuviese siendo admirado por una rubia como aquella. Demonios, qué lástima que no llegase Jerry ahora para verlo.

La joven se ahuecó el cabello.

—¿Tienes algún compromiso, Bill?

—Me he citado aquí con un amigo.

—¿Y cuándo vendrá?

—No lo sé. Sólo me dijo que lo esperase.

—¿Se trata de un amigo o de una amiga?

—Es mí socio.

—Estaba pensando en que tú y yo... —la joven acompañó sus palabras con una caída de pestañas.

Bill tuvo la impresión de que se le descolgaban los calcetines.

—¿Tú y yo? —la animó a seguir.

—Sí, Bill. Podíamos ir a mi apartamento.

—Eres muy amable, Sue, pero no tengo más remedio que rechazar tu invitación. La aceptaré para otro día. Se trata de mi amigo Jerry. Estamos metidos en un buen lío y lo más importante ahora es que salgamos de él.

La joven dio un suspiro.

—Bueno, siempre me ha pasado lo mismo con los hombres que me gustan. Todos me abandonan.

—Deben ser ciegos.

—Tú no lo eres y no quieres venir a mi departamento. Soy una buena cocinera. Preparo las piernas de cordero como nunca las habrás comido.

Bill sintió que el estómago se le convertía en jalea. Ella prosiguió:

—También sé cocinar otras cosas. Pollo al estilo de Kentucky con muchas especias.

Bill no pudo contenerse.

—¡Al ataque!

—¿Quieres decir que aceptas?

—Tengo la impresión de que mi amigo no vendrá en un buen rato.
—Mi coche está fuera.
—¿Podrás traerme dentro de una hora?
—Seguro, Bill.
—Entonces, voy por esa pierna de cordero y ese pollo al estilo de Kentucky.
Pagó el importe de los whiskys y salió con la joven.
El auto de Sue era un deportivo de marca italiana. Ella se puso al volante y Bill a su lado.
—A volar —exclamó la joven y puso en marcha el vehículo.
Al cabo de veinte minutos llegaron a su destino, un edificio que parecía muy lujoso.
Sue estacionó el coche y luego subieron en un ascensor hasta la planta 16.
Sue abrió con la llave.
Bill lanzó un silbido al ver el *living* que estaba decorado en un estilo funcional, muy último grito.
—Cariño, ponte cómodo mientras trabajo en la cocina.
—¿No quieres que te ayude?
—Me pongo nerviosa cuando tengo un mirón. Puedes servirte en el bar.
—Trato hecho.
Sue se fue a la cocina y Bill se preparó una buena ración de whisky. Luego se fue al sofá y se tendió en él. La vida era maravillosa. Demonios, ya era hora de que él tuviese un plan como los de Jerry. Tenía aquella joven en el bolsillo. Estaba claro que Sue se había sentido impresionada por él.
Abrióse la puerta del apartamento y penetraron tres hombres. Uno era alto, rubio, y los otros dos fornidos, con aspecto de matones.
Bill puso los pies en el suelo y se quedó mirando a los tres individuos.
—Deben haberse equivocado —les dijo—. Ésta no es la Estación Central del Ferrocarril.
Era un chiste que había oído a Jerry y que siempre le daba buenos resultados.
Pero ninguno de los tres hombres sonrió y uno de los que tenía aspecto de matón dijo:
—Ya lo sabemos, animal.
—¿A quién le dijo animal, hipopótamo?
—A ti, búfalo loco.
Bill se levantó.
—Eh, oigan, ¿qué infiernos buscan aquí?
—¿Tú qué crees? —contestó el rubio.
—Ésta es una fiesta privada.
—De acuerdo.

—Si están de acuerdo, lárguense y no molesten al prójimo.
El rubio avanzó hacia el centro del *living* y los dos matones fueron detrás de él.

—¡Ingrid! —llamó el rubio.
Bill le sonrió.

—¿Lo ve usted? Se equivocó. Aquí no vive ninguna Ingrid.

—¿No?

—La chica de este apartamento se llama Sue.

—¡Ingrid! —repitió el rubio.

La joven con aspecto de animal felino salió de la cocina.

—Hola, cariño —le dijo el rubio—. Ya veo que te resultó fácil.

La joven se puso una zarpita en la cadera, movió ésta con un vaivén y dijo:

—¿Dudaste alguna vez de mis cualidades como «vamp»?
Bill estaba parpadeando. No entendía nada. Ése era su defecto y él lo sabía. Por eso se había asociado con Jerry. Su amigo tenía un cerebro prodigioso para hacerse cargo de todas las situaciones en fracciones de segundos. Lo suyo, era la fuerza, el músculo.

—Sue, ¿qué está pasando aquí? —rezongó.

—¿A quién te refieres, grandote?

—A ti, Sue.

—Yo no soy Sue.

—Dijiste que eras Sue. ¿Dónde está la pierna de cordero? ¿Dónde está el pollo al estilo de Kentucky?

—Cariño, te voy a decepcionar mucho, pero soy la peor cocinera del mundo. Cada vez que me meto en la cocina para hacer algo, lo único que consigo es una porquería.

—¿Y cómo comes?

—Prefiero los restaurantes de lujo y, cuando no puedo ir a esos sitios, me conformo con lo que sale de las latas.

El rubio seguía sonriendo. Tenía un hoyuelo en cada mejilla.

—Bien, Bill. Vamos a dejarnos ya de preámbulos. Quizá has oído hablar de mí. Soy Harry Linder.

—No, no lo he oído nunca —le mintió Bill porque había oído aquel nombre en labios de Stella Clifford.

—Eres un embustero.

—Oiga, señor Linder, no tenga nada que ver con usted, de modo que me voy a largar.

—Da un paso y mis hombres te harán trozos como hicieron con tu amigo.

Bill enarcó las cejas observando a los dos matones.

—De modo que fueron ustedes los que pegaron a Jerry.

—Son Max y Víctor —los presentó Harry Linder.

Max tenía una cicatriz sobre la ceja izquierda y Víctor poseía ojos de

reptil, con párpados caídos.

El rubio agregó:

—Quiero recuperar cierta agenda, Bill. Y si no me echas una mano vas a quedar como la pierna de cordero. Asado.

CAPÍTULO IX

Bill se estaba llenando de rabia.

Había sido engañado por Sue, por Ingrid o como demonios se llamase. Le había preparado una trampa poniéndole un cebo seguro. Su apetito. Y ahora se burlaban de él y lo amenazaban con pegarle una paliza.

—Señor Linder —dijo con voz ronca—, será mejor que me deje marchar o aquí va a pasar algo gordo.

Ingrid soltó una risita.

—Tened cuidado con el búfalo loco, muchachos. Le examiné la bolita que tiene en el brazo y es bastante respetable.

Max y Víctor se frotaron las manos y el primero dijo:

—Hace tiempo que no nos divertíamos, ¿verdad, Víctor? Lo de Jerry Wallace no tuvo color.

—¿Qué me dices de la agenda, Bill? —preguntó Linder.

—¿A qué agenda se refiere?

—Malo.

—Le aseguro que no sé nada de una agenda.

—Yo te ayudaré un poco.

—Es usted muy amable, Linder.

—La agenda de Robert Hill.

—¿Tenía una agenda Robert Hill?

—Más malo todavía.

—Oiga, Linder, me imagino que usted se dedica a rastrear por los basureros, pero eso es cuestión suya. Yo no meto la nariz donde no debo.

—Esta vez la metiste, igual que tu amigo. Y si no quieres hablar de la agenda por las buenas, lo harás en cuanto Max y Víctor te hayan dado una pasada.

Bill levantó los dos puños.

—Ya pueden venir.

Ingrid rió otra vez.

—Cuidado, muchachos. Me aseguré en el bar de Joe que podía con varios.

Max y Víctor metieron la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacaron dos cachiporras.

—Bastardos —dijo Bill—. Eso no es pelear como hombres.

Bill retrocedió al ver que Max y Víctor se separaban para atacarlo por distinto lado, uno por la derecha y otro por la izquierda.

—Ingrid —dijo Harry Linder—, tengo la impresión de que esta pelea va a ser buena. ¿Quieres servirme un whisky?

—Sí, cariño.

Bill dejó de retroceder porque detrás encontró la pared.

Max le descargó la cachiporra sobre la cabeza, pero él burló aquel golpe pegando un salto y, a continuación, incrustó su puño en la cara de su enemigo.

Max saltó en el aire, pegando un terrible chillido.

Víctor se valió de su situación de ventaja para pegar un gran cachiporrazo en la cabeza de Bill. Éste se tambaleó mientras ponía los ojos bizcos y Víctor le volvió a golpear en el cráneo.

Max estaba escupiendo dientes en el suelo.

—¡Me ha mellado! ¡Me ha mellado! —lloriqueaba sentado en la alfombra.

—Tómate el desquite, estúpido —dijo Linder, que estaba saboreando su whisky.

Max se levantó, recuperó la cachiporra, y fue hacia Bill, que estaba a punto de perder el conocimiento.

—Miserable —le dijo y lo golpeó en la coronilla.

Bill tuvo bastante para sumergirse en un sueño profundo.

* * *

Jerry Wallace entró en el bar de Joe. No vio a Bill por ninguna parte y se acercó al mostrador.

—Hola, Joe, prepárame una dosis doble de la medicina.

Joe le sirvió el whisky doble y Jerry bebió una buena ración. —Estoy esperando a Bill.

—Ya estuvo aquí —le contestó Joe.

—¿Y adónde fue?

—Bill está en forma.

—¿Peleó con alguien y se lo llevaron los polis?

—Me refiero a una rubia de campeonato. Ligó con ella.

—¿Y cómo se llama ella?

—Su nombre era Sue, pero no hace falta que la busques porque justamente está entrando ahora.

Jerry examinó a la joven que se acercaba al mostrador. Joe la había definido bien al calificarla de campeonato.

—Hola, Jerry.

—¿Me conoces?

—Tu amigo me ha hablado de ti.

—¿Y dónde está él?

—Organicé una fiesta por todo lo alto en mi apartamento.

—Ah, ¿sí?

—Bill se está divirtiendo como nunca y sólo faltas tú.

—¿Y quién hay allí?

—Algunos amigos.

—¿Alguien que yo conozca?

—No, no conoces a nadie. Será mejor que nos marchemos. Bill te echa

de menos.

Jerry la cogió por la muñeca y se la retorció.

—Nena, si tú me la pegases a mí, yo mismo iría a meterme en un sanatorio de retrasados mentales.

—Pero, ¿qué estás diciendo?

—Quiero la verdad.

—Cariño, soy una buena cocinera. Bill se está chupando los dedos con las cosas que le he hecho.

—¿Y qué le has hecho?

—Le he asado una pierna de cordero, y también le cociné un pollo al estilo de Kentucky con muchas especias.

—¿Y dónde le pusiste el arsénico? ¿En el pollo combinándolo con las especias? ¿O fue cianuro?

—Jerry, qué cosas tan terribles dices —abanicó las pestañas en la forma que ella sabía hacerlo para conquistar a un hombre—. ¿Crees que yo puedo ser una asesina, amor?

—Tú puedes serlo todo menos cocinera.

—¿Te has vuelto loco?

—Sí, nena, tú me estás volviendo loco —Jerry le sonrió enseñándole los dientes—. Y ya falta poco para que te suelte la dentellada.

—Te vas a estar quieto o tu amigo lo pasará muy mal.

—Vaya, por fin te quitaste la máscara. Eso me gusta más.

—Vas a venir conmigo.

—¿Y si no, qué?

—Tu amigo se convertirá en una piltrafa o en algo peor.

—¿Cómo sé que Bill está vivo?

—Marcarás el número que yo te diga y hablarás con cierta persona.

—Encantado.

Tiró de ella bruscamente haciéndola saltar del taburete y fueron a la cabina telefónica.

—Eres un salvaje, Jerry.

—Lo soy cuando me encuentro con mujeres como tú.

Ella le dijo el número que debía marcar.

Descolgaron a la otra parte y oyó una voz varonil.

—¿Quién llama?

—Jerry Wallace.

—Se ha equivocado de número.

—No me he equivocado porque la rubia me lo dijo. A propósito, nena, todavía no sé tu nombre.

—Ingrid.

—Debí imaginarlo, Ingrid Stahl.

—Eres muy listo.

Jerry habló otra vez por el micro.

—Ingrid está conmigo y apuesto a que usted es el rubio que me

faltaba. Harry Linder.

—Bravo, señor Wallace.

—¿Qué ha hecho con Bill?

—Está aquí y lo pasa en grande.

—Quiero hablar con él.

—No puede. Bill se puso malito.

—Hablaré con él o no asistiré a la conferencia de alto nivel. Elija, Linder.

—De acuerdo, muchacho. Hablará con su socio.

El teléfono cambió de mano y Jerry pudo oír la voz de Bill.

—Jerry, ¿eres tú?

—¿Qué infiernos te pasó, Bill? ¿Va a ser necesario que te ponga niñera?

—Prefiero chichonera. Me cogieron a mí también. Aquí están los dos bastardos que tú ya conoces.

—No me digas que no pudiste con ellos.

—Los habría convertido en tierra, en polvo, pero pelearon sucio. Con cachiporras. Y me molieron.

Le quitaron el receptor, a Bill y otra vez habló Harry Linder.

—¿Sigue ahí, Jerry?

—No me he ido, hijo de perra.

—Seréne, señor Wallace. Usted es un hombre con experiencia y debe saber que un hombre con ánimos exaltados no sirve para nada. Lo espero con Ingrid.

—De acuerdo, iré.

Colgaron a la otra parte y Jerry lo hizo a continuación. Exhaló el aire mirando el bonito rostro de Ingrid.

—Ya tengo ganas de conocer a tu jefe, muñeca.

—Te gustará su carácter. Es la mar de simpático.

—Todos sois muy simpáticos.

—Gracias por la parte que me toca.

Media hora más tarde, Ingrid y Jerry entraban en el apartamento donde se encontraba Bill.

Éste se levantó de un salto del sillón donde estaba sentado.

—Jerry, ¿por qué has venido? No creí que fueses tan ingenuo.

Harry Linder esbozó una sonrisa.

—Tu socio te tiene mucho afecto, Bill. No quiso perderte.

Los dos matones estaban tras de Bill y seguían manejando las cachiporras.

Jerry les dirigió una furiosa mirada.

—Vosotros y yo tenemos algo pendiente.

Max hizo un gesto afirmativo.

—Sí, Jerry, tenemos una cuenta pendiente porque te dimos un consejo y no lo aceptaste, ¿lo recuerdas bien?

—No lo puedo olvidar.

—Pues ahora lo vas a olvidar menos porque Víctor y yo te vamos a convertir en algo gelatinoso.

Jerry desvió los ojos hacía Harry Linder.

—Creí que los chantajistas obraban de otra manera y que tenían asco a las armas. Harry, se ha metido en un feo asunto asesinando a Robert Hill.

CAPÍTULO X

Harry Linder no borró la sonrisa.

—¿Piensa de verdad que yo soy el asesino de Robert Hill?

—No pudo ser otro.

Max y Víctor echaron a andar hacia Jerry.

Bill saltó sobre ellos, pero Víctor estaba atento y le pegó con la cachiporra en el cuello.

—Harry, que no le peguen más —gritó Jerry.

—Todos quietos, muchachos —ordenó Linder.

Max y Víctor volvieron a situarse detrás del sillón, donde se lamentaba Bill del último golpe recibido.

Harry clavó sus ojos en los de Jerry.

—¿Qué le hace suponer que yo asesiné a Robert Hill?

—Todo.

—¿Qué es todo?

—Ustedes montaron un buen negocio en Chicago. Organizaron fiestas para atrapar a sus incautos invitados. Les hacían tomar LSD, y, cuando estaban fuera de control, ustedes les hacían unas fotografías muy monas.

Harry bostezó.

—Me está aburriendo, Jerry.

—Era necesario el prólogo.

—Pues métase ya en el Capítulo Primero.

—Robert Hill le salió rana.

—¿Qué quiere decir?

—Que Robert decidió volar.

—No está mal que lo compare con un pájaro.

—Robert quiso obrar por su cuenta y por eso se vino a Nueva York. Para cobrar a las víctimas que vivían aquí y apuesto a que antes lo hizo en otros lugares.

—¿Por qué piensa eso?

—Es la mar de sencillo. Acostumbro a meterme en la piel de los demás. Yo también habría dejado a Nueva York como la última ubre de la vaca... ¿Dónde estuvo antes Robert Hill? ¿En Philadelphia? ¿En Detroit? ¿En Saint Louis?

—Estuvo en cuatro ciudades.

—Gracias por reconocerlo.

—Ya ha terminado con el Capítulo Primero. Métase en el segundo.

—Robert Hill no se conformó con hacer pagar a las víctimas la tarifa acostumbrada. Pensaba separarse del negocio. Tenía que dar un buen golpe y, por ello, según la categoría de la víctima, pedía de dos a cinco veces más de lo acostumbrado. Pero Hill no podía devolver los negativos por la razón de que no los tenía. Usted seguía siendo el

depositario de ellos. En algún momento, y a pesar de las precauciones de Robert Hill, usted se dio cuenta de lo que su socio o subordinado estaba haciendo y decidió cortarles las alas.

—Así que yo lo maté.

—Exacto, Harry.

—Pudo ser cualquiera.

—Usted tenía más interés que nadie en castigar a Robert Hill.

—Está cavando su fosa, Jerry.

—Voy a suponer por un momento que no hubiese matado a Robert Hill. Tampoco puede matarnos a nosotros o arruinaría su negocio. Los chantajistas no asesinan.

—Estoy de acuerdo. Los chantajistas no asesinan. ¿Por qué entonces iba a matar a Robert Hill?

—Por dos razones.

—La primera ya la ha dicho, Robert Hill me quería jugar sucio. ¿Cuál es la segunda?

—Una mujer.

—¿Una mujer?

—Creí que lo sabría, Harry. ¿Por qué diablos Robert Hill que había estado obteniendo beneficios de su negocio de chantaje iba, de pronto, a prescindir de sus fuentes de aprovisionamiento?

—Me odiaba.

—No es suficiente. Es lógico que entre chantajistas surja la enemistad y el odio en un momento determinado, pero los lazos que los unen son demasiado fuertes para romperlos por una simple rivalidad. La oposición ha de nacer con mucha más violencia. No hay nada como una mujer para separar a dos hombres.

—Es usted fantástico, Jerry... Robert Hill tenía a su disposición hermosas mujeres, pero ninguna de ellas me interesó en especial.

—¿Por qué no cambia el orden de los factores?

—¿Eh?

—¿Por qué no se pregunta si Robert Hill empezó a sentir interés por la mujer que usted tenía?

Harry Linder se quedó como una estatua y de pronto desvió los ojos hacia Ingrid.

La joven se había sentado en el sofá y estaba bebiendo un whisky.

—Ingrid, ¿qué dices a eso?

—¿A qué te refieres?

—¿De quién estamos hablando? ¡Contesta!

—De Robert Hill, naturalmente.

—Te has pasado diciéndome mucho tiempo que lo odiabas.

—Y era verdad, cariño.

—Del odio al amor sólo hay un paso.

—Eso lo dijo un tonto.

—No, Ingrid, eso lo dijo alguien hace miles de años, en las cavernas, y acertó para siempre.

Harry echó a andar hacia la joven.

—Contesta, Ingrid. ¿Qué sentías por Robert Hill?

—Odio, ya te lo he dicho.

Harry le soltó una bofetada que sonó como un disparo.

La joven cayó del sofá y dio una vuelta en el suelo. El vaso no se rompió, pero el whisky le manchó el vestido.

—Mira lo que has hecho. Me estropeaste mi falda *hippie*.

—Te voy a estropear otra cosa. Tu bonita fachada.

—No seas bruto, Harry. ¿Es que no has comprendido lo que Jerry pretende? Se ha visto perdido y sólo quiere que se arme entre nosotros. Nunca imaginé que fueses tan inocente.

Jerry intervino:

—Ya lo imaginaste, nena, y por eso decidiste cambiar a Harry Linder por Robert Hill.

—¡Maldito! —gritó Ingrid y se puso en pie de un salto—. ¡Dame un cuchillo, Harry, y si no me lo das, yo iré a la cocina por él para clavarlo en el estómago de este tipejo!

La joven se dirigió hacia la cocina, pero Harry corrió tras de ella y la sujetó por un brazo.

—Deja el cuchillo quieto. Todavía no sé a quién se lo clavarías. Podía ser yo la víctima.

—¿Qué estás diciendo, Harry?

—Quiero la verdad. Lo que ha dicho Jerry Wallace está lleno de razón. ¿Por qué Robert Hill me iba a traicionar?

—Porque te odiaba.

—Estoy de acuerdo con Jerry en que esa razón no era suficiente. Pero si te colocamos a ti en el platillo de la balanza, las cosas cambian mucho. Supe casualmente lo que estaba haciendo Robert. ¿Qué dijiste tú, nena? Que Robert Hill era incapaz de cometer un acto de deslealtad hacia mí... Sí, eso fue lo que tú dijiste del hombre que no podías ver ni en pintura. Lo defendiste y ahora comprendo el motivo. ¡Estabas de acuerdo con Robert!

—No, Harry.

Linder le soltó otra bofetada, pero ahora la joven no cayó porque él la seguía sujetando por el brazo.

—Tigresa, te voy a cortar las uñas si no me dices la verdad.

Jerry dirigió una mirada a Bill. Era la señal para que los dos empezasen su actuación.

Y la empezaron.

Jerry saltó sobre Max, que era el que tenía más cerca, y Bill sobre Víctor.

Los dos matones estaban distraídos con la pelea que Harry Linder e

Ingrid sostenían.

Por ello, el elemento sorpresa jugó un papel importante. Y la sorpresa fue para los dos matones que se encontraron recibiendo golpes antes de que pudiesen servirse de las cachiporras.

Jerry castigó a Max en el hígado, en el estómago y en la cara con golpes rápidos y contundentes.

Bill sintió enorme placer en machacar la cabeza de Víctor.

Harry Linder arrojó al suelo a Ingrid y movió la mano hacia la axila.

—¡A correr, Bill! —gritó Jerry.

Los dos escaparon por la puerta cuando todavía Harry Linder no había logrado poner el dedo en el gatillo.

Los dos amigos bajaron la escalera como exhalaciones.

—¿Adónde vamos, Jerry? —preguntó Bill en la calle.

—A la policía.

Se metieron en un taxi y quince minutos más tarde irrumpían en el despacho del teniente Kramer, quien se levantó de un salto.

—¡Jefe! —gritó Bill—. ¡Las cachiporras, los matones, los chantajistas!

—¿Dónde? —preguntó Kramer mirando a un lado y a otro de la habitación.

Jerry palmeó la cara de su amigo.

—Calma, Bill, calma o confundirás a nuestro buen amigo el teniente Kramer.

El aludido pegó un puñetazo en la mesa.

—En primer lugar, a mí no hay nadie que me confunda. ¡Y en segundo lugar no soy amigo de ustedes!

—Está bien, teniente —asintió Bill—. Le traemos la solución del caso.

¿Lo quiere así mejor?

—¿Qué caso? ¿Qué solución?

—¿Lo ve usted? Ya se está confundiendo, teniente.

—¡Bill, una palabra más y lo encierro!

—¿Y por qué me iba a encerrar?

—Por desacato a la autoridad, y eso quiere decir que le he ordenado silencio.

—No lo oí, ¿y tú, Jerry?

—¡Basta! —gritó el teniente.

—Cuidado, Kramer —intervino Jerry—, Le puede dar una hemorragia.

—Sí, jefe —habló Bill—, Y si le da la hemorragia, se puede quedar bizco como mi primo Nick.

El teniente Kramer se pasó una mano por la cara y gimió.

—¿Por qué? ¿Por qué me tiene que pasar a mí esto?

Bill le apoyó una mano en el hombro.

—Aquí tiene un par de amigos para consolarlo.

—¡Suélteme, Bill, o no respondo de lo que haga!

El teniente Kramer se dejó caer en el sillón y dijo a Jerry con voz

suplicante:

—Jerry, por lo que más quiera no lo deje hablar.

—Está bien, teniente. Hablaré yo.

—Gracias es usted muy considerado.

—Hemos dado con la clave del caso. Se trata de una organización de chantajistas.

—Eso ya lo sabía.

—Usted sólo sabía que había un chantajista, Robert Hill, pero sólo era un número en la asociación. El jefe es Harry Linder y colabora con una rubia llamada Ingrid Stahl. Actualmente están trabajando en Nueva York en compañía de dos matones que responden por Max y Víctor.

—¿Ya acabó, Jerry?

—Puedo darle la dirección del apartamento donde se encontraban hace un rato, pero no hace falta que vaya porque ya habrán volado.

—Lo suponía.

El teniente se había recuperado de la aparición de los dos amigos y volvió a sonreír.

—Jefe —dijo Jerry—, tiene la oportunidad de convertirse en el policía del año.

—¿Y qué debo hacer para eso? ¿Arrojarme desde el último piso del Empire State?

—Confiar en nosotros.

—Es lo último que haría.

—Somos pobres pero honrados.

—El día que conozca a otros tipos más chapuceros que ustedes me daré un baño de cemento.

—Pues ya se lo tiene que dar, jefe —repuso Bill—. Linder y compañía son más chapuceros que nosotros.

—Jefe, prosiguió Jerry—, Robert Hill quiso apartarse de la organización de chantajistas porque se enamoró de la chica de Linder, la sueca.

—¿También hay una sueca?

—Es la Ingrid de que le hablé antes.

—Claro, llamándose Ingrid no podía ser otra cosa —contestó Kramer con retintín.

—Le estoy hablando en serio, teniente.

—¡Pero yo no le puedo escuchar en serio, Jerry!

—Stella Clifford no era la única víctima de la organización, que vivía en Nueva York.

—Ah, ¿no?

—Había otros.

—¿El alcalde de la ciudad?

—El alcalde ya tiene bastante con el chantaje de los políticos. Hay un fotógrafo. Se llama Edmond Massey.

—De modo que a un fotógrafo le hicieron fotografías.
—Ese chiste ya lo hizo el propio Massey.
—¿Quién más?
—Elizabeth Hamilton, una ex modelo de Massey.
—Vaya, parece que ese Massey surtía a los chantajistas al por mayor.
—Probablemente Massey les hizo pensar en Elizabeth Hamilton, o viceversa.
—¿Alguien más o ya terminó el lote?
—Un fabricante de estilográficas y bolígrafos. Jack Newman.
Kramer arrugó el ceño.
—Qué casualidad. Juraría que ese tipo se suicidó hoy.
—Es el que se suicidó y no es una casualidad.
—Entiendo. Decidió matarse antes de que lo matasen.
—Se suicidó porque creyó que le había llegado la hora de que sus trapos sucios fuesen vistos por su familia... No lo pudo resistir y por ello se cortó las venas.
—Siga, anímese, hable, cite más nombres.
—Ahora terminé la relación de las víctimas de esos chantajistas que viven en Nueva York.
—¿Hay más en otras partes del país?
—Sí, en Detroit, en San Louis, en Philadelphia, y probablemente en otras ciudades.
—Es la fábula más emocionante que me han contado en mi vida.
—No se trata de una fábula. Le estoy hablando de hechos reales, teniente.
Kramer exhaló el aire de sus pulmones.
—Los admiro. Palabra que los admiro. Están empeñados en demostrar la inocencia de Stella Clifford y para ello no regatean esfuerzo alguno. Todo es válido para ustedes. ¡Pero entérense de una vez que conmigo no cuelan estúpidas historias para montañeses sin cultura! ¡Lárguense de una vez!
—De acuerdo, jefe, nos vamos, pero recuerde que tuvo la oportunidad de dar con la solución y la desaprovechó.
Jerry salió del despacho, pero Bill se quedó un poco retrasado y, ya en la puerta, se volvió exclamando:
—Yo conozco a un tipo más chapucero... ¡Usted, teniente!
Salió disparado al ver que Kramer se ponía otra vez rojo como una cereza.

CAPÍTULO XI

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Bill.

—Yo tengo una cita con una muchacha.

—¿Has tenido tiempo para eso?

—Conocí a Carol Brook con motivo del jaleo. Es la recepcionista del fabricante de estilográficas que se suicidó.

—Entiendo, no vas con ella porque te guste, sino porque quieres continuar en el asadero.

—La chica es muy mona. Habría ido con ella aunque no hubiese habido asadero.

—¿Y qué hago yo?

—Te vas al bar de Joe.

—¡Ni hablar! La otra vez que me mandaste al bar de Joe, por poco me escabechan.

—Vete al hotel.

—También me pueden encontrar en el hotel. Esa gente ya sabe todo lo nuestro. Infiernos, estamos hablando de unos chantajistas asesinos y la policía no nos quiere proteger.

—Tendremos que protegernos nosotros mismos. Vete al cine.

—¿Y qué película veo?

—Dicen que hacen una muy buena en el Odeón.

—¿De qué es?

—De gánsteres.

—¡Oh, no! Ya tuve bastante gánster por hoy. Me iré a ver una de risa.

—Trato hecho, luego te vas al restaurante italiano de Vittorio.

—No tardes.

Jerry se metió en un bar cercano a las oficinas de Jack Newman y fue derecho a la cabina telefónica.

Marcó un número y en seguida oyó la voz de Carol.

—Hola, Carol, soy Jerry Wallace. Ya te estoy esperando.

—Qué suerte. Estaba pensando en ti. La viuda de Newman telefoneó para darnos la tarde libre.

—Menos mal que no faltas a tu obligación porque había pensado convencerte para que salieses.

—¿Estás en el bar Dakota, Jerry?

—Sí.

—Allá voy.

Carol se presentó diez minutos más tarde.

Estrechó sonriente la mano de Jerry y se sentaron ante una mesa. —

¿Te rompo ya la cabeza, Jerry?

—¿Y por qué habías de rompérmela?

—Porque me engañaste. Tú no eras cliente de Jack Newman. —¿Cómo lo supiste?

—Por Kathy.

—¿Por Kathy? ¿Qué interés tenía ella en decirte quién era yo realmente?

—Me llamó hace cosa de media hora.

—¿Para qué?

—Me preguntó con mucho interés donde podía encontrarte.

—Eso no tiene sentido. ¿Por qué había de llamarte a ti?

—Al fin y al cabo, yo fui quien te dio la dirección de ella y pensó que podía saber más de ti. Hablamos y así me pude enterar de que no eras un cliente. Me dijo que estabas investigando cierto asunto y yo inmediatamente lo relacioné con el suicidio del jefe.

Jerry se puso en pie.

—Vamos, Carol.

—¿Adónde?

—A casa de Kathy. De prisa.

—Tengo mi coche en el aparcamiento.

—No hay tiempo para eso.

Tomaron un taxi que los dejó cerca de la casa de Kathy. Subieron en el ascensor y Jerry no se entretuvo en pulsar el botón del apartamento. Lo abrió por sí mismo.

No había nadie en el *living*.

—Kathy—dijo Carol.

Jerry se fue a la cocina mientras Carol se dirigía al dormitorio. De pronto Jerry oyó gritar a Carol.

Corrió al lado de ella y comprendió por qué Carol gritaba. Kathy colgaba de la lámpara del techo con una soga al cuello. Sus ojos parecían saltar de las órbitas.

—¡Dios mío! —dijo Carol.

Jerry descolgó a la secretaria de Jack Newman, pero comprendió que nada podía hacer por ella.

—Llegamos demasiado tarde, Carol.

—¿Quieres decir que pudimos impedirlo?

—Olvida esa idea.

Jerry registró la habitación.

—¿Qué buscas? —le preguntó Carol.

—No lo sé. Algo, una pista.

Sin embargo, desistió porque no encontró nada.

Salieron al *living*, y, mientras ella se sentaba en el borde del sofá, Jerry se puso a pasear de un lado a otro frotándose el cogote.

—Visitaremos a la señora Newman, Carol.

—¿Para qué?

—Para que le des el pésame personalmente. Eras una empleada de su marido.

—¿No vas a llamar a la policía?

—Si llamo a la policía, el teniente Kramer es capaz de encerrarme.
Corrieron otra vez en un taxi que los llevó hasta la casa del difunto Jack Newman.

Un criado les abrió la puerta.

—Buenas tardes, señorita Brook.

—Hola, John. ¿Está la señora Newman?

—Sí, y me alegra de que venga usted. La señora Newman está muy afectada, pero se recupera cada vez que ve una cara conocida.

El criado se marchó para anunciarlos.

Al poco rato regresó.

—La señora Newman los espera en la biblioteca.

Cuando Jerry vio a la señora Newman, tuvo que reprimirse para no lanzar un silbido.

Era una mujer de treinta y cinco años, en la plenitud de su hermosura, muy alta, tanto como Carol, de cabello y ojos negros. El luto le sentaba maravillosamente.

—Señora Newman —dijo Carol—, no sabe cuánto lo siento.

—Gracias, Carol.

—Le presento al señor Jerry Wallace, un amigo de su esposo.

Eso era lo que habían acordado.

—Lamento conocerla en estas circunstancias, señora Newman —dijo él.

—Y yo también lo lamento, señor Wallace. ¿Cuándo conoció a mi esposo?

—Hace dos años cuando él estuvo en Chicago.

—¿Es usted de allí?

—Sí, señora Newman.

—¿Y a qué se dedica?

—Vendo al por mayor. He estado comprando a su marido durante mucho tiempo.

—Jack no me habló de usted... Claro que no me habló mucho de sus clientes.

—Me ha producido una gran impresión saber lo de su esposo. Yo estaba citado con él esta mañana.

—¿Fue usted la persona que llamó anoche?

—Sí.

—Oí a mi esposo citarlo a usted. Le pregunté quién era, pero me contestó simplemente que se trataba de un amigo.

—No comprendo por qué su esposo tomó una decisión tan grave como la de quitarse la vida.

La hermosa viuda inclinó la cabeza y se apretó la frente con la mano.

—Yo tampoco lo entiendo, señor Wallace.

—¿Pelearon ustedes?

La joven viuda dejó caer el brazo. Sus ojos parecían dos ascuas de

fuego cuando se clavaron en el rostro de Jerry.

—¿Cómo se atreve, señor Wallace?

—Perdone, no la estoy acusando de nada. No sé por qué lo dije. Quizá porque yo apreciaba mucho a Jack y estoy tratando de encontrar una respuesta.

—Mi esposo y yo nos llevábamos muy bien, señor Wallace. Nunca habrá conocido un matrimonio más fiel que el nuestro. No teníamos secretos el uno para el otro. ¿Es usted casado, señor Wallace?

—No.

—Entonces no puede saber lo que es eso, que dos cónyuges se compenetren hasta el punto de que uno llegue a conocer los más íntimos pensamientos del otro.

—Admirable.

En aquel momento se oyeron voces procedentes del vestíbulo.

El criado entró sin llamar.

—Señora Newman, la policía.

Apenas hubo pronunciado aquellas palabras, el teniente Kramer y el sargento Baxter irrumpieron en la estancia.

Los dos resoplaban como si hubiesen hecho una larga carrera. Ambos dirigieron una mirada cargada de amenazas a Jerry.

—Señora Newman, soy el teniente Kramer, de la Brigada de Homicidios. Me acompaña el sargento Baxter.

—¿Cuál es el motivo de su visita, teniente?

—Ha muerto la secretaria de su marido, Kathy Robbins.

—¿Cómo?

—Se colgó de la lámpara —miró a Jerry—, aunque un alma caritativa la descolgó.

La señora Newman se tambaleó y Carol corrió al lado de ella para sujetarla.

—Siento darle esta noticia —prosiguió el teniente—. Imagino su estado de ánimo después de lo de su esposo, pero quiero que también se haga cargo de nuestra situación.

—No se preocupe, teniente —repuso la señora Newman—. Puede continuar.

—Recibimos una carta de Kathy no hace más de media hora. ¿Quiere leerla?

—Por favor, léala usted.

—Le advierto que se trata de algo muy personal. Y no hace falta que se entere Jerry Wallace, el agente de asuntos varios.

—¿Qué ha dicho que es? ¿Agente de asuntos varios?

—También es aficionado a quitarle el pan a los policías. En cuanto huele un crimen, o lo que él cree que es un crimen, se pone a hacernos la competencia.

—¡Señor Wallace! —exclamó la señora Newman—. ¿Cómo se ha

atrevido a presentarse con una identidad que no era la suya?

—Le dije que era Jerry Wallace y le aseguro que, si me hice pasar por un almacenista de Chicago, fue en beneficio suyo.

—¿En beneficio mío?

—Su marido estaba metido en un feo asunto.

—¡No diga barbaridades! ¡Mi marido nunca tuvo nada que ver con asuntos feos y sucios!

—¿Me permite que lea en voz alta esa carta, señora Newman?

—Si es un desafío, consiento que la lea.

—Gracias. ¿Me da la carta, teniente?

Kramer titubeó, pero, al ver el gesto afirmativo que le dirigía la señora Newman, entregó la carta a Jerry. Éste la leyó:

«A la policía. Yo Kathy Robbins declaro por la presente que he decidido quitarme la vida. Durante años he sostenido relaciones íntimas con mi jefe, Jack Newman...»

Jerry hizo una pausa para mirar a la viuda.

El bello rostro de la atractiva mujer estaba blanco.

—¿Quiere que continúe o prefiere leerla usted misma, señora Newman?

—Puede proseguir, señor Wallace. No creo una palabra de lo que dice ahí.

Jerry emitió un carraspeo y prosiguió la lectura.

«Jack y yo fuimos víctimas de un terrible chantaje en Chicago. Jack ha estado pagando durante mucho tiempo a los chantajistas, pero ahora, ante el temor de ver descubiertas nuestras relaciones por medio de unas horribles fotografías, ha decidido acabar con su vida. Yo, tras pensarlo detenidamente, he perdido los deseos de vivir y por ello prefiero acabar de una vez. Kathy Robbins.»

CAPÍTULO XII

Tras la lectura de la carta por parte de Jerry, se había hecho un silencio sepulcral.

La señora Newman seguía inmóvil, como si se hubiese convertido en piedra.

El teniente Kramer tosió.

—Ya, le advertí que era preferible que la leyese usted, señora Newman.

—Espero que todos ustedes tengan discreción con respecto a lo que acabamos de escuchar.

—No se preocupe, señora Newman, la policía no tiene nada que decir con respecto a este asunto.

—Por favor, déjenme sola.

Carol fue la primera en salir, pero antes se despidió.

—Lo siento, señora Newman.

La viuda no le contestó.

—Acepte mis condolencias, señora Newman —dijo Jerry.

—Gracias.

El teniente cogió del brazo a Jerry y los dos salieron seguidos del sargento Baxter.

Se reunieron en la calle delante de la casa.

—Bien, bien, bien —dijo Kramer conforme a su costumbre—. ¿Qué tiene que decir el detective aficionado?

Jerry se tironeó de una oreja.

—No me gusta.

—¿Qué es lo que no le gusta?

—Como pasaron los hechos.

—Tampoco nos gusta a nosotros que la gente se suicide. Pero, puestos a elegir, yo prefiero un suicidio a un asesinato. Nadie tiene derecho a disponer de una vida, ni siquiera de la suya, pero hay cosas que no podemos impedir.

—Hermoso discurso, reverendo.

—¡No me llame reverendo o le meto en la cárcel, Jerry! ¡Ya me está cansando!

—Me va a perder de vista, teniente.

—No, no se vaya. No acabé con usted. ¿Por qué fue al apartamento de Kathy?

—Le hablé a usted de ese chantaje antes que Kathy le mandase su carta... Y usted dijo que yo le estaba colocando una fábula.

—¿Qué quiere? ¿Qué le pida perdón?

—Sería demasiado humillante para usted, Kramer. Pero también le hablé de otros chantajes, de otras víctimas de la organización de Harry Linder. ¿Seguirá pensando que es una fábula?

El teniente Kramer hizo rechinar los dientes.

—¿Adónde quiere ir a parar, Jerry?

—Al final de la sogá.

—¿Quiere decir que también se va a suicidar? Qué alegría.

—Usted sabe a qué sogá me refiero. A la del asunto. Ande, dígame que todo está claro y que ya no es necesaria ninguna investigación, que Stella Clifford fue la asesina de Robert Hill.

—Para nosotros, el caso está cerrado.

—Enhorabuena, teniente, se ha cubierto de gloria.

—Sin sarcasmo, Jerry.

—¿Me puedo marchar ya?

—Sí, se puede marchar pero no vuelva a obstaculizar a la policía o tendrá que vérselas conmigo.

—Hasta la vista, teniente.

—Ojalá fuese hasta nunca.

Jerry cogió del brazo a Carol y se marcharon por la acera.

—Estoy avergonzada, Jerry.

—¿Por qué, Carol?

—¿Por qué va a ser? ¿No viste a la señora Newman? Ni siquiera me dirigió la palabra al despedirme de ella.

—Ya se le pasará.

—Presentaré mañana la renuncia.

—No hagas eso.

—¿Crees que podría soportar a la señora Newman? Para ella soy una traidora porque te llevé a su casa haciéndote pasar por un cliente.

—No quiero que pierdas el puesto por mí.

—Hay otros muchos. Hace poco me ofrecieron la posibilidad de trabajar en una casa de seguros y me ofrecieron el mismo sueldo. No perderé un solo centavo.

—Vaya, menos mal. Escucha, Carol, tengo que hacer una visita.

—¿A quién?

—A un personaje del lío.

—El teniente Kramer ha dicho que te estuvieses quieto.

—Pero da la casualidad de que no soy un subordinado del teniente Kramer. ¿Adónde irás?

—A mi apartamento.

—Pasaré por ti más tarde.

Jerry le dio un beso en los labios.

—¿Eh, qué haces, Jerry?

—No sé, pero tengo la impresión de que te conozco hace mucho tiempo y de que te puedo besar. Hasta luego.

Jerry se metió en un taxi y media hora más tarde lo abandonaba. Subió en un ascensor. Salió, pulsó un botón y, al cabo de unos minutos, le abrió Frank Aldrich.

—Buenas tardes, cliente —dijo Jerry entrando en el apartamento. Frank cerró con fuerza.

—Creí haberle dicho que usted y yo habíamos terminado, Jerry.

—Lo dijo.

—¿Por qué me ha llamado cliente, entonces? Aunque mi pregunta debe ser otra. ¿Qué infiernos hace usted por aquí?

—Usted me metió en el jaleo, Frank.

—Pero le dije que se saliese.

—No me dejaron.

—¿Quién no lo dejó?

—Mucha gente.

—¿Se refiere a la policía?

—Me refiero a la policía y a otras personas.

¿Por ejemplo?

—Los chantajistas de Stella... Llegó a Nueva York el jefe, Harry Linder, y su amiguita, una sueca de concurso, Ingrid Stahl. Hay otros elementos.

—¿Y qué?

—Debería alegrarse. A veces los chantajistas pelean entre ellos. Robert Hill pudo ser asesinado por orden de Harry Linder y, en ese caso, Stella sería inocente.

Aldrich dejó correr unos segundos.

—Me alegraría por ella.

—¿Sólo por ella?

—¿Qué otra cosa quiere que le diga?

—Creí que usted estaba enamorado de Stella.

—Eso pensé yo también.

—¿Y no lo está?

—No.

—¿Por qué, Frank? ¿Por qué de pronto se ha dado cuenta de que no está enamorado de Stella?

—Ella ha destruido nuestro amor.

Jerry se echó a reír y Aldrich lo miró con fiereza.

—De qué se ríe, Jerry?

—De usted y de su ridícula frase. ¿Hace usted los guiones de ese personaje fabuloso, Silverman?

—Tengo un colaborador literario.

—Y cuando en sus tiras cómicas hay una escena amorosa, los personajes hablan como usted lo ha hecho ahora.

—¡No le consiento que se burle de mí en mi propia casa!

—Stella destruyó su amor porque usted descubrió que fue víctima de unos canallas.

—Yo no la llevé allí.

—¿La conocía usted cuando ocurrió lo de la LSD?

—No.

—Pero es de los que piensan que el pasado de una persona importa mucho.

—Sí, lo confieso.

—Aunque, en este caso, a Stella le hubiesen montado un show sin su consentimiento.

—¡Fue a la fiesta voluntariamente y tomó la droga LSD, voluntariamente!

—Siga. ¿Qué más hizo voluntariamente? Pagar, claro y enamorarse de usted.

—Oiga, Jerry, soy adulto, mayor de edad, y no necesito sus consejos para nada.

—¿Me da un trago?

—Le daré un trago y se marchará. Tengo trabajo.

—De acuerdo.

Aldrich preparó un whisky para Jerry y otro para sí.

Jerry levantó el vaso y dijo:

—Por su éxito en el crimen, Frank.

Bebió un trago, pero Frank se quedó con el vaso cerca de los labios.

—¿Qué ha querido decir, Jerry? ¿Se refiere a mi vida profesional con mi personaje Silverman.

Jerry se sentó en un sillón y cruzó las piernas.

—Me refiero a que usted pudo asesinar a Robert Hill.

—¿Que yo...? —se echó a reír—. Es divertido oírle.

—¿Quiere que continúe?

—No.

—Si me equivoco, le puede servir para un guión de sus historietas:

—Ya le he dicho que tengo un colaborador literario.

—¿Y de dónde toma él los argumentos?

—Los inventa.

—Usted sabe mejor que yo que los buenos argumentos son los que nos proporciona la vida. Ahora el destino le regaló uno. ¿Va a desecharlo?

—Está bien, hable. Pero no crea que me entusiasma. Seguro que escupe una sarta de tonterías.

—Primera tontería: Usted pudo saber que Stella era objeto de un chantaje.

—¿Y cómo lo iba a saber yo?

—Por sus propios medios o utilizando a otra persona. Segunda tontería: No pudo resistir que Stella apareciese en esas fotografías. Era demasiado humillante para usted y le ocurrió una cosa muy graciosa. Su amor por ella se trocó en odio.

—¿Quién dice frases ridículas?

—Quizá me contagié. Tercera tontería: Así las cosas, usted decidió tomar venganza y en ella incluyó a Stella.

—Esa es la mayor tontería de todas. Si me hubiese querido vengar, sólo hubiese tenido en cuenta al chantajista, suponiendo que hubiese establecido su identidad.

—No, Frank, incluyó a Stella porque deseaba purificarla.

—Está chiflado.

—Usted sería el chiflado si hubiese decidido vengarse de esa forma. Sería un ejemplar para un psiquiatra, Frank.

—Por fortuna, no lo soy.

—No lo ha probado.

—¡No necesito probar nada! Sólo lo necesitan los que son considerados culpables.

—Yo lo acabo de considerar culpable.

—Acúseme.

—Usted me contrató como coartada. Necesitaba un pájaro bobo y yo ocupé ese lugar. Usted tuvo las circunstancias a su favor. Hacía poco que Stella había pagado a Robert Hill y para ello su novia tuvo que ir a esa casa de la calle Palisade. Usted pudo seguirla y ya tuvo el rompecabezas. Hasta es posible que hablase con Robert Hill. En tal caso, Hill pudo darse el gusto de explicarle por qué Stella le pagaba su dinero, y puestos a imaginar, hasta pudo llegar a enseñarle copias de las fotografías en que aparecía Stella.

—¡Cállese!

—Le estaba proporcionando un argumento, ¿no lo recuerda?

—¡No lo quiero! He tenido mucha paciencia con usted, Jerry. Ya tomó su trago. Lárguese.

Jerry se levantó del sillón y dejó su vaso sobre la mesa.

—Usted me utilizó para provocar a Stella. Supuso que yo la pondría en marcha hacia Robert Hill. Usted sólo tuvo que hacer una cosa. Esperar como un cazador espera la aparición de la pieza.

Aldrich también dejó el vaso sobre la mesa y caminó hacia Jerry con paso rápido.

—Le voy a partir la boca.

—Cuidado, Frank. Se puede resbalar.

Aldrich no se estuvo quieto y le tiró el puño a la cara.

Jerry flexionó las piernas y el puño de Frank se perdió en el vacío. Le contestó con un rechazazo en el estómago.

Frank cayó de rodillas y, en esa posición, Jerry le soltó una bofetada haciéndole caer hacia atrás.

Frank se arrojó sobre las piernas de Jerry, pero éste lo recibió pegándole con el filo de la mano en la clavícula.

Frank se hizo un rollo en una alfombra.

—¡Me ha roto el hueso! —gimió.

—Debería romperle el alma. Pero todavía puedo hacerlo.

Se dirigió hacia Frank y lo cogió por el cabello.

—¡Hable!

—No maté a Robert Hill. Nunca supe a qué se debía la actitud de Stella. Sospeché que había otro hombre, lo confieso, y quizá por eso empecé a odiarla. En mi mente sólo había pensamientos sucios... Soy un miserable, pero no lo puedo resistir. Tengo un cerebro, ¿lo entiende?, Jerry. Constantemente veía a Stella en manos de un hombre desconocido. Tenía que tomar muchos somníferos para conciliar el sueño. Lo contraté a usted para acabar a una vez con la pesadilla. Y cuando supe la verdad, esas fotografías que nunca he visto ocuparon un lugar preferente de aquellas escenas que yo había imaginado antes. Soy un hombre obsesionado y sé que el camino que he emprendido sólo conduce a un lugar de sanatorio de enfermos mentales.

Jerry lo dejó libre. No, aquel hombre no había tenido nada que ver con la muerte de Robert Hill.

Se dirigió hacia la puerta y se volvió en el umbral.

Frank ya se había levantado, pero tenía la cabeza inclinada sobre el pecho.

—¿Sabe lo que diferencia al ser humano del resto de los animales? Se lo diré por si lo ignora. Su capacidad para el perdón.

Luego Jerry salió del apartamento de Frank Aldrich.

¿Quién había matado a Robert Hill? Tenía la seguridad de que contaba con todos los factores para saberlo. Sin embargo, había olvidado algo. Tenía que empezar por recordar todo desde el principio. Había pasado por alto un detalle. Su voz interior se lo decía. Sólo tenía que hacer eso. Dar con la pieza clave y entonces habría atrapado al asesino. Ya estaba en la calle, cuando algo le presionó en la espalda. Un objeto duro.

—No vuelvas la cabeza, Wallace —dijo una voz—. Lo que te amenaza es una pistola y no tendré contemplaciones. Sube al coche que hay a la izquierda, donde está el tipo con las gafas oscuras.

Jerry miró a la izquierda. Vio un auto negro. Ante el volante había un hombre grueso que defendía los ojos con gafas de sol. Al acercarse al auto aprovechó la oportunidad para mirar al hombre de la pistola. También llevaba gafas oscuras, pero ninguno de ellos era Max o Víctor.

CAPÍTULO XIII

Jerry viajaba al lado del hombre que lo había atrapado, quien seguía amenazándolo con la pistola, una «Luger» brillante y bien cuidada.

—¿Quiénes son ustedes?

—Dos muchachos.

—Muy elocuentes.

—A ti le basta.

—¿Qué os proponéis?

—A callar, Wallace.

—Creo que lo sé. Me vais a liquidar. Nada de pegar una paliza. Liquidación total por fin de temporada.

El delgado rió.

—¿Oíste eso? —se dirigió a su compañero—. Wallace tiene buen humor.

El que conducía soltó un gruñido.

Jerry dio un suspiro y dijo:

—¿Cuánto valgo para vosotros?

—Bastante —contestó el único que hablaba de la pareja.

—¿Cuánto es bastante?

—Unos centenares.

—¿Quinientos?

—Puede.

—Subo a mil para que me dejéis en paz.

—No hay trato y calla la boca ya.

El auto estaba corriendo por los muelles. Al principio, Jerry vio a mucha gente paseando, sobre todo a parejas de enamorados, pero poco a poco fueron desapareciendo. Sabía que aquella soledad lo acercaba a la muerte.

No estaba dispuesto a morir como un cordero. ¿Y qué haría para remediarlo? Había caído en manos de dos profesionales. A su lado, Max y Víctor eran dos principiantes. Al fin y al cabo, Max y Víctor trabajaban para chantajistas que difícilmente se manchaban las manos de sangre, pero aquellos dos muchachos, sus compañeros de viaje, estaban realizando su trabajo especializado.

—¿Puedo hacer una pregunta?

—Según lo que sea.

—¿Quién os paga?

—No hay respuesta.

—¿Por qué no? Me vais a matar.

—Nunca contestamos a esa pregunta.

—¿No hay excepciones?

—No hay excepciones.

El auto se metió por entre unos montones de troncos y el conductor

frenó cien metros más adelante. Pero nadie saltó del coche. Los hombres de las gafas oscuras miraron por las ventanillas cerciorándose de que el lugar era bueno.

Jerry pensó que era un gran momento para abalanzarse sobre el tipo delgado, pero éste lo apuntó con la pistola en cuanto trató de moverse.

—Quieto, Wallace.

—Me picaba una pierna.

—Ya te puedes rascar.

—Gracias, muchacho —dijo Jerry y se rascó el muslo derecho, aunque no le picaba.

El del volante dijo:

—Creo que ya llegamos, Luther.

—De acuerdo, Leo.

Luther abrió la portezuela y saltó del coche, pero lo hizo sin dar la espalda en ningún momento a Jerry.

Desde tierra dijo:

—Baja, Wallace.

Jerry obedeció y, mientras tanto saltó Leo, quien dio la vuelta por delante del coche y apareció con la pistola en la mano.

Jerry tragó saliva. Había llegado su último momento. ¿Por qué demonios no se llevó consigo a Bill? Matar a dos personas era más difícil que matar a una. Bill y él habrían tenido más oportunidades. Bueno, no era momento para lamentarse.

—Echa a andar hacia la orilla del río —dijo Leo.

Jerry se puso en marcha.

Oyó los pasos de los otros detrás de él.

Miró a su alrededor. ¿Qué buscaba? ¿Un agujero? No había ninguno. Tan sólo un barril medio podrido, pero a la derecha vio unos troncos enormes, grandes.

Tenía que esperar un poco para estar cerca de los troncos.

¡Ahora!

Echó a correr y saltó.

Oyó un suave estampido, como el taponazo de una botella.

Los dos bastardos habían puesto el silenciador a las armas.

Pensó que lo habían herido. Rodó por el suelo más allá de los troncos, y, al detenerse, llegó a la conclusión de que la bala no lo había alcanzado.

—Oyó una risa y luego una voz.

—Será emocionante, Leo.

—Tú por la derecha y yo por la izquierda —contestó Luther.

Jerry vio a sus espaldas más troncos.

Se levantó y echó a correr de nuevo.

—Allá va —oyó a Leo.

Saltó otra vez, pero no le dispararon.

—Tranquilo, Leo —dijo Luther—. No se puede escapar.

Jerry miró a su espalda y comprendió las palabras de Luther. Delante descubrió una gran nave que parecía abandonada porque la puerta no existía.

Corrió de nuevo hacia allí.

Sonó otro taponazo.

Se arrojó al suelo oyendo el silbido de la bala junto a su oreja.

Chocó contra la tierra y rodó, penetrando en la nave.

—Ya lo tenemos —dijo Leo.

Jerry se puso en pie.

Supo donde se encontraba, en un depósito de chatarra. Había grandes grúas llenas de herrumbre por que probablemente hacía mucho tiempo que no trabajaban allí. Sin embargo, los montones de chatarra se apilaban por todas partes.

Subió por una de aquellas montañas metálicas y bajó por el otro lado.

Quería encontrar otra salida, pero las demás puertas estaban cerradas.

Oyó que los dos hombres entraban en la nave y se detenían.

—Wallace —dijo Leo—, no te servirá de nada. Estás atrapado como un ratón. Sólo te trajimos para asustarte. Palabra, muchacho. Anda, vuelve con nosotros a la ciudad.

Jerry hubiese soltado una carcajada de buena gana.

Asomó la cabeza y ya no los vio junto a la puerta. Los dos cazadores se habían separado para cobrar su pieza. Y esa era él.

Se deslizó, pero golpeó contra un trozo de chatarra.

¡Ya lo tenían localizado!

Se dio mucha prisa en cambiar de sitio. Encontró una antigua cabina de coche y se acurrucó junto a ella. No, no podía cometer el error de entrar en la cabina porque, si lo descubrían nunca podría salir vivo de ella.

Oyó otra vez los pasos.

Por un lado de la cabina apareció Leo, el gordo. Se había quitado las gafas. Andaba silenciosamente y a Jerry le recordó el tigre que sale de caza.

Lo dejó pasar y saltó Sobre él.

Si Luther estaba cerca, estaba perdido.

Chocó contra Leo cuando éste empezaba a volverse. Los dos se derrumbaron sobre la chatarra.

Jerry cayó encima y Leo golpeó la cabeza contra un trozo de metal y perdió el conocimiento.

Entonces vio a Luther.

Jerry cambió de sitio y la bala que le mandó Luther pegó en la chatarra y salió rebotada.

En la fracción de segundo siguiente, Jerry se apoderó de! arma que Leo había abandonado al quedar sin sentido.

Luther no contaba con eso, puesto que estaba saltando por entre la chatarra para acercarse más a su víctima y no fallar el próximo disparo.

Se detuvo e hizo un gesto de asombro al ver que Jerry lo estaba apuntando ya con la «Luger» de su compañero.

Quiso darse mucha prisa para hacer fuego, pero Jerry disparó antes.

Luther también se había quitado las gafas y fue justamente entre los dos ojos donde recibió el plomo. Le produjo el efecto de un obús de artillería, porque su cabeza saltó, aunque no terminó de desgajarse del tronco.

Se desplomó desapareciendo por entre un montón de chatarra.

Jerry dio un suspiro y se sentó.

Cuando hubo calmado los nervios, se inclinó sobre Leo, a quien abofeteó suavemente.

El asesino despertó parpadeando.

—Hola, Leo.

—¿Dónde está Luther?

—Muerto.

Jerry lo apuntó con la «Luger».

—¡No dispares, Wallace!

—¿Quién es vuestro patrón?

—Norman Winters.

—No he oído ese nombre en mi vida —dijo Jerry y lo golpeó con el cañón de la pistola en la mejilla.

Leo soltó un chillido.

—¡Te juro que fue el nombre que dio!

—Descríbelo.

—Cuarenta años, moreno, uno ochenta de talla, ojos negros. —Estás haciendo una descripción muy vaga.

—Te daré un detalle. Le falta un trozo de la oreja derecha. No es mucho, pero se le nota.

—No basta. Puedo estar toda la vida buscando a ese tipo.

—Se aloja en un hotel.

—¿Cuál?

—El Victory.

—¿Cómo os contrató?

—Fue cosa de Luther. Pagó al contado. Seiscientos dólares. Luther habló con él en el bar del hotel Victory, en una mesa. Yo, mientras tanto, estaba esperándolo en la barra. Por eso pude ver a Winters.

—Está bien. Nos vamos, Leo.

—¿Adónde me llevas?

—Con tus amigos, los policías.

—Déjame marchar.

—No puedo.

—Te he informado de todo lo que sé, Wallace.

—No tenías más remedio que hacerlo o te habría reventado la cabeza como a tu amigo. Pero no puedo dejarte libre porque eres un bicho y tu lugar está en la prisión. Si te soltase, mañana mismo estarías dispuesto a matar a otra persona a cambio de unos dólares. ¡Y ya se acabaron las explicaciones!

—Como tú quieras.

Leo echó a andar y Jerry fue con él.

De pronto, Leo, tropezó y cayó en el suelo.

Instintivamente, Jerry se quedó quieto y le apuntó con la «Luger».

Fue su salvación.

Leo se volvió con otra pistola que debía tener escondida en alguna parte.

Jerry hizo fuego casi al mismo tiempo que Leo, pero estaba saltando.

De haberse quedado en el mismo sitio, en la nave habrían quedado tres cadáveres, los de los matones, y el de él, Wallace.

Se acercó a Leo.

Tenía un enorme boquete en el pecho. Estaba muerto.

Poco después corría en el auto de los asesinos profesionales.

CAPÍTULO XIV

—¿Norman Winters? —dijo el recepcionista del Victory—, No, no hay ningún Norman Winters entre nuestros huéspedes. Debe haber sido mal informado. Lo siento.

Jerry se apartó del registro y se fue al bar, donde ocupó un taburete. Pidió un whisky que le fue servido por un camarero de mejillas chupadas.

Pagó el doble de lo que valía el whisky.

—Estoy buscando a cierta persona. Un hombre de unos cuarenta años, uno ochenta de talla, ojos negros. Le falta un trozo de la oreja derecha.

El *barman* que había aceptado el dinero permaneció un momento pensativo.

—Sé quién es. Se aloja aquí.

—¿Sabe su nombre?

—No, pero Francis se lo dirá.

—¿Quién es Francis?

—El botones rubio —el *barman* señaló con la mirada hacia el fondo.

Jerry cogió su whisky y fue hacia el botones rubio que estaba en la entrada del bar.

—Hola, Francis.

—Diga, señor.

Jerry le enseñó un billete de a cinco dólares y repitió la descripción del hombre que buscaba.

Francis atrapó el billete y, después de guardarlo en el bolsillo, dijo:

—El hombre que usted busca se llama Glenn Hart. Ocupa la habitación 382.

—¿Desde cuándo?

—Llegó aquí hace una semana.

—¿Y de dónde venía?

—De donde siempre. De Boston.

—¿Quieres decir que se aloja frecuentemente en el hotel?

—Sí, señor, viene tres o cuatro veces al mes.

—¿Y cuánto tiempo permanece?

—De dos a tres días.

—¿Esposa?

—No, no está casado.

—¿Y a qué se dedica?

—Eso no lo sé, señor.

—¿Lo has visto con alguna mujer?

—No, señor.

—¿Está ahora en su habitación?

—No, lo vi salir hace cosa de media hora.

—Gracias, Francis. ¿Quieres devolver el vaso al bar?

—Con mucho gusto, señor.

Jerry le entregó el vaso y se dirigió a la calle.

Esta vez no utilizó el coche de los asesinos profesionales, que había estacionado poco antes en el garaje del hotel.

Viajó en un taxi y lo despidió al llegar a su destino.

Pulsó el timbre de la casa y le abrió el criado.

—Hola, John.

—Perdone, pero la señora me dijo que no estaba visible.

Jerry ya había entrado en el vestíbulo.

—Dígale a la señora Newman que tengo que darle una información urgente.

—Se lo diré, pero me temo que no lo recibirá.

—Dígale que se trata de Glenn Hart.

El criado hizo una inclinación y se marchó a la biblioteca. Reapareció al cabo de un minuto.

—La señora Newman lo recibirá.

—Ya lo suponía.

La viuda de Jack Newman se encontraba a solas, delante de una mesa, erguida, majestuosa, resplandeciente de belleza.

—¿Qué nombre le dio a mi criado, señor Wallace?

—No hubo error. Glenn Hart. ¿Lo conoce?

—Claro que lo conozco. Es un amigo de mi infancia.

—De Boston, ¿eh?

—Claro. De Boston. He pasado allí gran parte de mi vida.

—¿Y a qué se dedica el señor Hart además de contratar a asesinos profesionales?

—Su broma no tiene ninguna gracia, señor Wallace.

—No es una broma, señora Newman... Hace poco más de una hora, dos asesinos trataron de liquidarme. Fueron pagados por Glenn Hart y le diré la cantidad exacta que el señor Hart pagó para que esos dos matones me retiraran de la circulación. Seiscientos dólares.

—Señor Wallace, la primera vez que vino a mi casa llegó mintiendo y estoy segura de que está mintiendo de nuevo.

—A usted le convendría que yo mintiese.

—¿A mí? ¿Cómo se atreve a decir eso?

—Lo sé todo, señora Newman.

—¡Salga inmediatamente de mi casa!

—Le conviene oírme. Usted y Glenn Hart se confabularon para asesinar a Robert Hill.

—Está loco.

—Pero hay más, señora Newman. Yo no creo que su esposo se suicidase. Usted lo mató.

—¡Señor Wallace!

—Y usted decidió la muerte de Kathy. Probablemente no la colgó usted. Se necesita mucha fuerza para colgar a una mujer de una lámpara. Debió ser cosa de Glenn Hart.

—Señor Wallace... —La hermosa viuda se interrumpió porque parecía ahogarse—. Si no sale ahora mismo por su propio pie, llamaré a la policía.

—Llámela y pregunte por el teniente Kramer. Yo también lo esperaré. Creo que a él le gustará mucho mi historia.

La viuda Newman pareció serenarse un poco.

—¿Qué historia?

—La de una puritana aristócrata de Boston que se cansó de su marido porque se enamoró de otro hombre... No podía divorciarse de él porque eso estaba mal visto en su ambiente social y, sobre todo, porque su marido dirigía un buen negocio. De pronto, la aristócrata se enteró de que su marido se la estaba pegando con su secretaria. Quizá la puritana se valió de un investigador privado para saber las andanzas de su esposo, y, de esa forma, se informó de que el marido tenía algo que esconder, porque él y la secretaria estaban siendo objeto de chantaje por un desliz que tuvieron en Chicago.

La señora Newman respiró profundamente y sus senos se estremecieron.

—Continúe, señor Wallace.

—¿Le gusta?

—Es un canalla por inventar eso, pero quiero saber el final.

—Usted se vendió, señora Newman. Claramente me dijo que usted era la asesina, pero yo lo pasé por alto.

—¿A qué se refiere?

—Instintivamente me dijo que usted y su esposo formaban un matrimonio modelo y que estaban tan compenetrados que no tenía secretos el uno para el otro, que se conocían mutuamente hasta los más íntimos... Allí fue donde se traicionó, porque usted sabía perfectamente la clase de relaciones que su esposo sostenía con su secretaria...

Se movieron las cortinas del fondo y apareció un hombre con una pistola en la mano.

Era alto, de unos cuarenta años, moreno y le faltaba un trozo de la oreja derecha.

—Tanto gusto, Glenn —lo saludó Jerry.

—Estúpido.

Jerry soltó una risita.

—¿Por haber tirado de la manta?

—Debió estarse quieto.

—Entonces dos asesinos habrían disfrutado de su amor culpable y de una hermosa herencia. Debería ver más televisión, señor Hart. Así

aprenderá que el crimen nunca gana.

—A Priscilla y a mí no nos va a pasar nada.

—¿Por qué cree que no?

—Porque usted va a morir.

—El teniente Kramer está en camino.

—Usted es un lobo solitario, que es tanto como decir un idiota. No ha avisado al teniente Kramer ni a nadie.

—¿Me va a matar aquí?

—No, me lo llevaré conmigo.

—¿Van a continuar con el baño de sangre? ¿Quién de los dos mató a Robert Hill.

—Yo —contestó Glenn Hart—, pero salió mal.

—Lo entiendo. Usted quería que apareciese Jack Newman como culpable, pero Stella Clifford le robó el papel. No habían contado ustedes con eso.

—Esa estúpida chica no debió ir a la casa de Robert Hill en aquel momento.

Jerry rió.

—Yo fui el responsable. Puse en marcha a Stella Clifford y me alegro de haberlo hecho. Gracias a mi supuesto error, se ha descubierto todo. Les falló el plan que habían montado, pero no quisieron echar marcha atrás. ¿Por qué no matar a Jack? Era un buen momento porque lo podrían hacer pasar como un suicidio. Apuesto a que usted encontró la agenda de Robert, pero la dejó porque en ella figuraba el nombre de Jack Newman. Y le interesaba que la policía descubriese el chantaje de que Jack era objeto, para justificar el suicidio.

—Bien pensado, ¿verdad?

—¿Por qué mataron a Kathy?

—También fue culpa de usted. Si no se hubiese llevado la agenda, Kathy estaría viva... Pensamos que la agenda no caería nunca en manos de la policía porque usted no la entregaría.

—Y decidieron anunciar el chantaje a bombo y platillo, con una falsa carta de Kathy dirigida a la policía. De esa forma, justificaban el doble suicidio.

—Magnífico, señor Wallace.

—Usted mató también a Kathy.

—Sí.

—Y la señora Newman se reservó a su marido —miró a la hermosa mujer—. Buen afeitado, señora Newman.

—Puerco.

—De modo que yo soy el puerco. ¿Qué son ustedes?

—Los que van a ganar —contestó Glenn Hart.

—Usted cometió un grave error, Glenn. Nunca debió mandarme a esa pareja de asesinos profesionales.

—Tuve miedo de que usted descubriese la verdad. Era el que más se estaba acercando. Priscilla me advirtió que usted era más peligroso que todos los policías juntos.

—Eso va a humillar al teniente Kramer.

—No lo escuchará nunca.

—Ya lo está escuchando. Verá, señor Hart. Antes de ir al hotel Victory para preguntar por usted, hice una llamada al teniente Kramer.

—Mentira.

—Le conté la historia que no quiso creerme.

—Lo celebro.

—Sin embargo, le dije al teniente que viniese aquí porque en esta casa le probaría la veracidad de mi historia.

—Ahora es cuando está inventando.

El teniente Kramer apareció en la puerta seguido por el sargento Baxter. Ambos tenían la pistola en la mano.

—Lo he escuchado todo, señor Hart. Suelte el arma.

Pero Glenn Hart fue a disparar sobre los policías y el sargento Baxter hizo fuego. Hart recibió un impacto en el pecho en el momento en que apretaba el gatillo. Su bala se enterró en la pared.

La señora Newman estaba pálida como una muerta.

El teniente corrió al lado de Hart. Éste se incorporó apoyándose en un brazo y miró a la viuda.

—Teníamos derecho a ser felices. ¿Por qué tuvo que salir mal?

La hermosa Priscilla le dio la respuesta dirigiendo una mirada cargada de odio a Jerry Wallace.

* * *

Carol Brook, Jerry y Bill estaban en el restaurante. El grandullón había despachado tres platos y ya iba por el cuarto.

El teniente Kramer llegó a la mesa y se sentó en una silla.

—Ya cazamos a Harry Linder y a sus compinches. Lo pagarán caro.

—¿Qué hay de Glenn Hart? —inquirió Jerry.

—Vivirá para que pueda ser juzgado. Creyó que se iba a morir y ha confesado de plano. La señora Newman niega haber matado a su marido. Insiste en el suicidio. Le echa la culpa a Glenn Hart. Dice que los crímenes de Glenn fueron cosa de él y que ella lo ignoraba todo. Por añadidura, se ha buscado como abogado a uno de los mejores criminalistas del país.

—¿Quiere decir que saldrá libre? —preguntó Carol.

—No, no saldrá libre, pero, con toda seguridad, se va a librar de la silla, que es donde asarán a Glenn Hart.

Jerry sacó un telegrama.

—He recibido noticias de Frank Aldrich y Stella Clifford. Están en Niágara Falls. Escuche lo que dice. «Nos casamos hoy. Le debemos

nuestra felicidad. Gracias, Jerry. Le mando otros quinientos dólares. Disfrútelos. Frank Aldrich.»

El teniente le levantó y arrugó la nariz viendo como comía Bill.

—Jerry —dijo —Quiero pedirle un favor.

—Concedido, teniente.

—Dedíquese a sus Asuntos Varios y déjese de competir con la policía. Nosotros habríamos logrado saber la verdad sin su ayuda.

—Claro que sí, teniente, claro que sí —contestó Jerry con sarcasmo.

El teniente lo miró con un solo ojo, porque cerró el otro, y se alejó rezongando por lo bajo.

Jerry cogió la cabeza de Carol y la besó en la boca.

—¿Qué significa, Jerry? —le preguntó la joven.

—Simplemente, que estoy siguiendo el consejo del teniente. Me ocupo de mis Asuntos Varios y éste es el que yo prefiero, la volvió a besar.

Y Bill continuó comiendo porque aquél era su asunto.

F I N

Índice

CAPÍTULO PRIMERO

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII

CAPÍTULO XIII

CAPÍTULO XIV